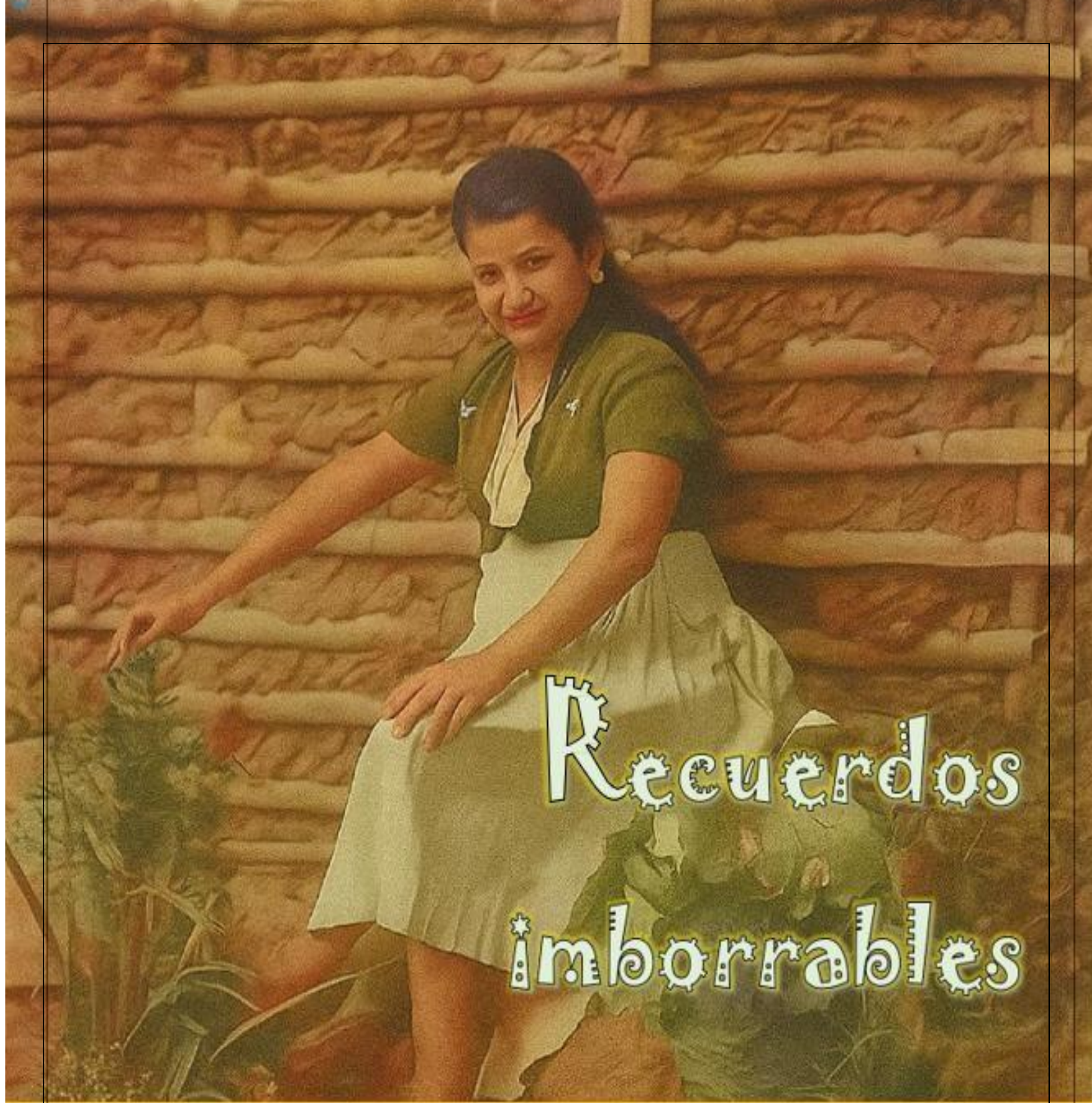


A woman with dark hair, wearing a green short-sleeved cardigan over a white long-sleeved blouse and a white pleated skirt, is sitting on the ground in front of a rustic stone wall. She is smiling and looking towards the camera. Her right hand is resting on her lap, and her left hand is reaching out towards some green plants on the left. The background is a wall made of irregular stones and some foliage.

Recuerdos imborrables

JENNY ALEJANDRA PEREZ PAEZ

MAGISTER EN PEDAGOGIA Y MEDIACIONES TECNOLOGICAS

PÀGINA LEGAL

RECUERDOS IMBORRABLES

© Jenny Alejandra Pérez Páez, 2026 Todos los derechos reservados.

Derechos de autor

Esta obra está protegida por las leyes nacionales e internacionales de derechos de autor. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a sistemas informáticos, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos.

Edición y publicación independiente a cargo de la autora

Observatorio de Ciencias Sociales y Humanas de Ibagué
Ibagué, Colombia

Año de publicación

Primera edición digital: 2026

ISBN: 978-628-02-4789-2

Nota de reproducción y uso académico

La presente obra puede ser utilizada con fines académicos, investigativos y educativos, siempre que se cite adecuadamente la fuente y se reconozca la autoría. Cualquier uso con fines comerciales requiere autorización expresa del autor.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer profundamente a Dios, fuente infinita de inspiración y fortaleza, por permitirme dar vida a esta obra y acompañarme en cada paso de este camino.

A mi abuelita, protagonista de esta historia, porque en su vida habitan la memoria, la lucha, el amor y las huellas de generaciones enteras que merecen ser contadas y recordadas.

A mi tío Ricardo, quien siempre me impulsa a salir adelante y me recuerda la importancia de no rendirme ante las dificultades.

A mi madre, mi mayor fuente de inspiración, por su amor incondicional, su entrega y su ejemplo de fortaleza que ilumina cada uno de mis días.

A Francisco, quien me impulsa, me acompaña y me ayuda a escribir, motivándome constantemente a creer en mis sueños y a luchar por llegar a la cima.

A mis demás familiares, que hacen parte importante en la construcción significativa de mi esencia y de mi formación escritural.

A todos ellos, gracias por ser parte esencial de esta historia y de mi vida.

INDICE GENERAL

PÀGINA LEGAL	2
AGRADECIMIENTOS.....	3
PREFACIO	6
CAPÍTULO I: VIDA DE CARMEN	8
CAPÍTULO II: PASOS DE UNA VIDA SOÑADA	16
CAPÍTULO III: INSISTENCIA AMOROSA.....	26
CAPÍTULO IV: UNA FAMILIA EN INICIATIVA.....	37
CAPÍTULO V: LA TRAGEDIA EN UNA IMAGEN	48
CAPÍTULO VI: UNA VIDA PROLONGADA.....	61
CAPÍTULO VII: LAS MUJERES DE LA HISTORIA	73
CAPÍTULO VIII: LAS TRAGEDIAS DEL AMOR.....	82
CAPITULO IX EL REENCUENTRO	90
CAPITULO X UN SUEÑO HECHO REALIDAD	97
CAPITULO XI: INGRESO A OTROS MUNDOS	111
CAPITULO XII DESENTERRANDO RECUERDOS	117
CAPÍTULO XIII: REVIVIENDO HISTORIAS	121
CAPÍTULO XIV: LA HERENCIA DEL AMOR	136

RECUERDOS IMBORRABLES



PREFACIO

Recuerdos Imborrables, la novela escrita por Jenny Alejandra Pérez Páez, es un entramado vívido y desgarrador de memorias personales, familiares y sociales que se funden en una sola voz narrativa: la de una mujer colombiana que ha resistido con fuerza la pobreza, el desarraigo, la violencia política y las asimetrías patriarcales que han marcado a fuego la historia del país. Este libro no solo relata una vida; canta con crudeza y ternura la historia colectiva de tantas mujeres que, como Carmen, han transitado silenciosamente por las sombras de la Historia, sosteniendo con sus manos el peso de varias generaciones.

Desde sus primeras páginas, la obra se revela como una pieza de narrativa testimonial profundamente arraigada en el costumbrismo. No obstante, en sus líneas también se filtran matices de autobiografía novelada, realismo social y, por momentos, un leve pero evocador realismo mágico. Su estilo, marcado por una oralidad directa, popular y sin adornos, combina la fuerza de la crónica sentimental con los ecos de una microhistoria familiar que se extiende como una épica doméstica. La autora consigue convertir lo cotidiano en literatura, y lo invisible —el cuidado, la crianza, el duelo, el hambre— en símbolo.

La estructura narrativa no responde a esquemas clásicos. Al contrario, su composición se asemeja más a una memoria coral en la que las voces de una saga familiar se entrelazan, chocan, se heredan y se repiten, como si cada generación cargara con una parte no resuelta de la anterior. El relato fluye como el río Magdalena, cargado de historias de estaciones, de trenes, de fincas de algodón, de pueblos con nombre de esperanza, de casas prestadas y de caminos recorridos por mujeres que han sido madres, hijas, esposas, monjas, criadas, migrantes y testigos.

El tono que permea toda la novela es íntimo, confesional, profundamente humano. Es la voz de quien no escribe para embellecer, sino para no olvidar. Y en ese no olvido se cifra el verdadero valor de la obra. Porque lo que aquí se narra no solo pertenece al universo privado de una familia, sino que da cuenta de una historia colectiva, tantas veces

silenciada, tantas veces omitida. La historia de la mujer colombiana en los márgenes, en los rincones, en las estaciones de paso. La historia que no entra en los discursos oficiales, pero que arde en las cocinas, en las cartas sin respuesta, en las partidas en tren y en los regresos sin tierra propia.

Recuerdos Imborrables es, en sí misma, un dispositivo de memoria popular y femenina. Su fuerza reside en contar desde el fogón, desde el ferrocarril, desde el cuerpo, desde el cansancio, desde la fe, desde la exclusión. Nos recuerda que muchas de las tragedias que la historia oficial convierte en estadísticas —la violencia partidista, el desplazamiento, la pobreza estructural, la desigualdad de género, los abortos clandestinos, el abandono estatal— aquí tienen nombre propio, olor a sopa caliente y rostro de mujer cansada. Más que una novela, este libro es una voz que nos susurra desde el recuerdo colectivo: la historia de una Colombia que aún camina en chancletas sobre rieles oxidados, cargando a sus muertos mientras bate empanadas para sobrevivir.

A quien se atreva a leer estas páginas, sepa que entra en un universo sincero, sin maquillaje ni fórmulas, lleno de verdad emocional, de errores humanos y de amor real. Es una obra para ser leída con el corazón abierto, con la humildad del que escucha y con la certeza de que la literatura también está hecha de lo que muchos considerarían indigno de contar. Jenny Alejandra Pérez Páez se suma aquí a la tradición de escritoras latinoamericanas que han hecho de la vida común un acto de resistencia narrativa. Bienvenidos, entonces, a este viaje entre estaciones, trenes, heridas y redenciones. Aquí no hay olvido posible.

CAPÍTULO I VIDA DE CARMEN

Carmen se ganaba la vida en oficios múltiples, como si el tiempo no le alcanzara para todo lo que debía hacer. Lavaba la ropa hasta que sus manos se agrietaban, trapeaba los pisos con una resignación silenciosa y alimentaba a sus hermanos como si fuera más madre que hija. También vigilaba cada movimiento de su casa, bajo la estricta mirada de sus padres, especialmente de su madre, Elisa, cuya voz áspera parecía imponerse sobre todos.

Por las tardes, Carmen cambiaba de escenario. En el edificio Pequenino, su figura se movía con diligencia entre pasillos y oficinas, llevando tintos a los grandes empresarios, limpiando escritorios y atendiendo pequeños encargos. Pero no todo era rutina: allí estaba José. Su mirada, inquieta y persistente, la seguía en cada trayecto, deteniéndose en el vaivén de sus caderas y en la cadencia de sus pasos. Carmen lo sabía, y en secreto, esa atención le daba un impulso distinto a su jornada. Bajo esa mirada, su trabajo parecía más liviano, casi llevadero. En este elegante edificio, donde se reunían todos los administrativos, José comenzó llevando cuentas como Oficial Mayor y luego ascendió a secretario de Juez. Estaba muy entusiasmado, pues, pese a haber ocupado diversos cargos —como jefe de estación, oficial de Rentas y zapatero—, siempre se destacó por su liderazgo. En una de esas etapas trabajó con el hermano de Flor, uno de sus amores del pasado.

Muy diferente era el ambiente en su casa, en la ciudad Estación. Allí, el cansancio no solo era físico. Su madre, siempre irritable, la recibía con reclamos, y el dinero que Carmen

ganaba terminaba en manos de Elisa, quien a sus sesenta y ocho años aún dominaba a sus hijos con firmeza incuestionable. Carmen a la edad de sus nueve años, lo hacía todo: cuidaba a sus sobrinos como si fueran propios, los reprendía, los vestía, los atendía. Era la presencia constante, la que iba y venía sin descanso, la que sostenía un hogar que parecía consumirla. Carmen una niña de ojos negros, cabellos ondulados, gruesa y blanca como la nieve.

Una vez entre incendios y traumas tuvo que enfrentar en la ciudad el incendio de su casa, lo que hacían que tuvieran que desplazarse constantemente; incluso a su familia y a ellos los bautizaron como los gitanos. En Guamo fue donde nació Carmen y vivió en varios municipios como Flandes, purificación, Espinal y otros lados.

Los viernes en la madrugada, sin embargo, algo cambiaba. Con una sonrisa discreta y una chispa de coquetería en los ojos, Carmen se acercaba a José.

—Buenas tardes, doctor José... su tinto.

En ese breve instante, el mundo parecía detenerse. Pero la realidad no tardaba en irrumpir. Las exigencias de su padre llegaban incluso a la distancia, a través de mensajes que reclamaban su presencia. Domingo, un hombre duro y celoso, la quería en casa, dedicada a los oficios, al cuidado de las gallinas, al servicio absoluto de la familia. Cuando Carmen no podía cumplir, la respuesta era la ira, una violencia que se desbordaba en castigos y amenazas que llenaban la casa de temor.

Sus hermanas, Rita, Raquel e Isabel, lloraban con frecuencia, entre el hambre, las necesidades y los caprichos propios de la infancia. A veces, Carmen sentía el peso de su responsabilidad como una carga insoportable, pero aun así las arreglaba con esmero, las vestía con dignidad, como si en medio de la precariedad pudiera ofrecerles un poco de belleza.

Su hogar era, para ella, una forma de esclavitud silenciosa.

Y aun así, el amor comenzaba a abrirse paso en su vida.

Temerosa de perder a José en medio de los conflictos que azotaban la región, Carmen tomó una decisión dolorosa: alejarse. Dejó atrás el edificio, las miradas, la ilusión, y partió.

Mientras tanto, la vida seguía su curso con dureza implacable. Allí donde había nacido, trabajó en una finca junto a su hermana Isabelina, quien se casó en secreto con Ezequiel, huyendo del carácter violento de su padre. En aquella época de tensiones y temores, llegó incluso a intentar quemar los pies de Chucho hermano de Carmen, a quien había responsabilizado de una deuda ajena, episodio que José logró impedir a tiempo, evitando una desgracia mayor.

En la finca también se trabajaba sin descanso: se recogía algodón, se apilaba arroz y se cultivaban sorgo y ajonjolí. El exceso de labores llegó a dejarle a Carmen una marca en el rostro, consecuencia de un accidente en medio del

agotamiento diario. Carmen, por su parte, vivía sumida en la misma exigencia: recogía cosechas, ordeñaba vacas y sostenía la tierra que sus padres, entre viajes constantes, habían dejado en abandono. Ella también se destacaba no solo en el trabajo de campo, sino en el tejido, en la siembra, cosecha, manejo de tractomulas y mulas para cruzar el río.

Y, sin embargo, entre tanta dureza, encontraba pequeños resquicios de esperanza. Aprendía a leer en silencio, descifrando palabras en periódicos viejos o asistiendo a breves clases en un colegio cercano. Era su manera de resistir, de abrir, entre la aridez del destino, una puerta distinta hacia el porvenir.



(Tomado de IA)

José no la olvidaba. Más de una vez fue a buscarla, pero sus padres la negaban. Lo rechazaban por su edad, por sus ideas, incluso por detalles tan absurdos como su

preferencia por el color azul. En aquellos tiempos, los colores no eran simples gustos: eran banderas, eran condenas.

La violencia crecía. Tras la muerte de Gaitán, los enfrentamientos se intensificaron y el miedo se instaló en cada rincón. Domingo cambiaba de postura política según la ocasión, tratando de sobrevivir entre bandos que no perdonaban. Finalmente, la familia tuvo que abandonar sus tierras. Ser liberales se había convertido en una sentencia.

Carmen, creyendo que todo estaba perdido —incluso José—, decidió cerrar ese capítulo de su vida. Aceptó casarse con un hacendado en un lugar lejano a la Estación. Intentó construir una nueva historia, una vida distinta. Tuvo dos hijos: el primero nació, pero siendo pequeño murió, y la segunda, a quien llamó Esther, se convirtió en su consuelo, en la promesa de algo mejor.

José, por su parte, se refugió en el recuerdo, un hombre ya de cincuenta años, totalmente enamorado de una bella dama de veinte años como Carmen; se miraba en el espejo y en sus ojos color marrón, con sus cabellos castaños, y su piel tersa acabada con los años, reflejaba la mujer, en la que de tantas había encontrado el verdadero amor. Entre lágrimas y silencios, buscó consuelo en Rosa. Llevaba grabada la imagen de Carmen y su raíz venezolana, ligada a Pedro Páez y Grisela Godoy, mientras su madre y su tía permanecían en Purificación, Tolima. Pronto, las familias tomaron rumbos diferentes: Esther y los suyos marcharon hacia La Margarita; José, en cambio, eligió quedarse. Se quedó esperando.

Esperando, quizá, volver a ver algún día el suave vaivén de aquellas caderas que nunca logró olvidar.



Hna. Rosa y Madre Griselda de José

(...) José había conocido otras mujeres antes de Carmen, pero ninguna logró despertar en su corazón el sentimiento profundo y sincero que muchos llaman amor. Ni siquiera cuando las circunstancias lo empujaron a asumir compromisos que no había elegido libremente. No lo hizo Rosa, la madre de su primer hijo Miguel, con quien terminó unido bajo la presión de una escopeta que apuntaba más al deber impuesto que a los deseos del alma. Tampoco lo consiguió de Edelmira, otra mujer, con quien compartió una etapa de su vida sin que la llama verdadera llegara a encenderse en su interior.

El amor, ese que transforma la existencia y da sentido a los sacrificios, llegó de manera inesperada y silenciosa. Bastó una mirada para que José



Carmen y José

comprendiera que estaba frente a la mujer que marcaría su destino. En los ojos de Carmen encontró una serenidad que jamás había conocido, y en sus cabellos castaños, cuidadosamente trenzados, descubrió una belleza sencilla capaz de cautivar para siempre su corazón.

Desde aquel instante, supo que ella sería la compañera de su vida, la mujer con quien compartiría alegrías y dificultades, la madre de los hijos que llenarían su hogar de risas, sueños y esperanzas. Carmen no solo se convirtió en su esposa; fue el refugio de sus días, la fuerza de sus batallas y el amor que lo acompañaría hasta el final de sus caminos.

Porque hay amores que nacen de la costumbre, otros de la necesidad, y algunos del azar. Pero el amor de José por Carmen nació de una sola mirada, de esas que parecen breves para el mundo, pero que tienen la fuerza suficiente para permanecer eternamente en la memoria y en el corazón.

CAPÍTULO II: PASOS DE UNA VIDA SOÑADA

En la casa de Carmen, con el hacendado...

Las hermanas de Carmen llegaron sin anunciarse, como ráfagas del pasado que irrumpen sin permiso. Entraron a la casa con aires de superioridad, observándolo todo: los platos alineados con esmero, los pisos brillantes, los muebles impecables. Sus ojos recorrían cada rincón, mientras sus voces, cargadas de ironía, rompían el silencio.

—¡Uy, pero Doña Carmen! —murmuraban entre risas contenidas—. Usted mantiene todo al día... Entre brillo y brillo, no ha dejado la costumbre de ser la empleada doméstica.

Carmen las miró en silencio. Sus ojos, oscuros y tensos, no ocultaban la rabia contenida. Finalmente, con una voz firme que temblaba apenas por dentro, les pidió que se marcharan. No las quería allí. No quería recordar.

Pero la escena se quebró con la voz inocente de Esther.

—¿Mamá, es hora del almuerzo?... ¿Mamá, mi papá ya llegó?... ¿Mamá, quiénes son ellas?

Las hermanas intercambiaron miradas, y el murmullo volvió, esta vez más afilado.

—Por eso te fuiste de la casa —dijo una de ellas—. Detrás de un bandido... dejando a nuestros padres solos, cargando con todo.

—¡Carmen! —insistieron—. Regresa. Nuestra madre está enferma. No hay quien cocine. Nuestro padre... se muere de hambre.

Carmen intentó cerrarles la puerta del pasado, despachándolas con brusquedad. Pero Rita la detuvo. Su voz, esta vez, tenía otro matiz.

Le habló de un amor.

Se había enamorado del hijo de José; Rita sabía que José era uno de los hombres superiores del edificio Pequenino, así que su hijo debía tener apariencia; así fue como entre reuniones y festividades, una vez Carmen la invitó y ella quedó flechada.

El nombre cayó como un eco antiguo en el pecho de Carmen.

Por un instante, el tiempo retrocedió.

Pero ella reaccionó con dureza.

—No conozco a ningún José —respondió, empujándolas hacia la salida—. Váyanse... antes de que Armando las saque a disparos.

Antes de cruzar la puerta, Rita deslizó un papel en sus manos. Un mensaje. Un secreto.

Algo que Carmen no quiso conocer.

Cuando quedaron solas, el silencio pesó más que cualquier palabra. Carmen miró el papel apenas un segundo... y lo rompió. No podía permitir que Armando supiera de su pasado, ni de su familia, ni de aquel amor que había enterrado. Para él, Carmen era huérfana. Sin historia. Sin raíces.

El viernes 7 de marzo, a las diez de la mañana de 1950, Armando llegó más temprano de lo habitual. El ambiente aún guardaba el rastro de la visita. Carmen tenía el almuerzo en la olla, hirviendo lentamente.

Él entró sin decir mucho, como siempre, y se recostó en la cama. La llamó con la mirada, con el gesto. Carmen obedeció, como tantas veces, con el cuerpo rígido, con el alma ausente. Era un acto sin amor, sin deseo, sin vida.

Pero ese día, algo cambió.

—Carmen... —dijo él con una calma inquietante—. ¿Qué tal si me hablas de José? ¿De tus padres? ¿De tus hermanas...? Especialmente de Isabel

El cuerpo de Carmen se tensó. Se separó de él como si despertara de golpe.

—No sé de qué hablas —respondió—. ¿Qué te pasa?

La voz de Armando se endureció.

—Yo sé que amas a José. Sé de tu familia. Sé de nuestro hijo... el que no quisiste.

Las palabras cayeron como golpes.

—¡Lárgate de mi casa! —continuó—. Llévate a Esther. Llévate todo. Ni tu esencia me interesa ya.

Carmen sintió cómo el mundo se quebraba.

—¡Yo no te hablé de mis padres! —gritó, con lágrimas ardiendo en sus ojos—. Tenía miedo... miedo de que les hicieras daño. José no fue nada... nunca lo fue.

Su voz se quebró.

- A mi hijo yo sí lo quise. Cuando te enteraste de mi embarazo, me abandonaste sin sustento ni comida; por eso lo dejé al cuidado de tu familia, allí supe que murió mientras conseguí sustento.

Pero la dureza con la que Armando la maltrataba y la engañaba hizo que Carmen no lo soportara más.

El silencio que siguió fue más cruel que cualquier insulto.

—Esther está enferma... —añadió con desesperación—. Tiene tuberculosis. ¿Y quieres que nos vayamos así... sin nada?

Pero Armando ya no escuchaba.

—Vete —repitió—. Y no te preocupes por la niña. Cuando esté mejor, te la envío.

Carmen lo miró por última vez.

—Adiós, Armando.

Y se marchó; se

llevo su hija y

nunca quiso saber

mas de aquel

hombre.

(...) El regreso a la casa en la ciudad Estación no fue un alivio. Fue otra batalla.

Carmen enfrentó a sus hermanas, reclamando la traición. ¿Por qué le habían contado todo a Armando? ¿Por qué seguían decidiendo sobre su vida?

Rita, sin culpa, le respondió:

—José fue a buscarlo. Habló con él. Nosotras no sabemos más.

Y luego, sin rodeos, soltó la verdad que terminaría de romperlo todo:

—Estoy con su hijo, Carmen. Han pasado cuatro años de la edad de Esther... y me enamoré. Su padre le hablaba de un amor antiguo... alguien que suena mucho a ti.

Carmen guardó silencio. El pasado la alcanzaba, una vez más.

Les habló entonces de su vida con Armando: de la humillación, del abandono, del desamor. De cómo Esther enfermaba sin atención. De cómo había tenido que huir para salvarla.

—¿Dónde están mis padres? —preguntó finalmente.

Las respuestas no trajeron consuelo.

Trabajaban. Sobrevivían. Como siempre.

Pero el reproche no tardó en aparecer.

—Tú nos abandonaste —dijo Isabel—. ¿Ya no lo recuerdas? Era la hermana que más la quería, pero tenía celos de su partida.

—Tú sostenías esta casa —añadió Raquel—. Y ahora vuelves... porque tu amor se fue.

La sentencia fue clara.

Y Carmen volvió a irse.

Esta vez, sin mirar atrás.

El tren la llevó lejos de la ciudad Estación, lejos del ruido, del dolor, de la memoria.

Regresó al único lugar donde alguna vez había sentido algo parecido a la paz: la iglesia.

Allí, las hermanas la recibieron sin preguntas. Sin juicios.

—Siéntate, hermana —le dijo Elena con dulzura—. Mañana será otro día. Y

por primera vez en mucho tiempo, Carmen creyó que tal vez era cierto.

Los años pasaron.

Cinco años de silencio, de servicio, de reconstrucción.

Carmen enterró su pasado bajo oraciones y disciplina. Se transformó. Se volvió fuerte. Se volvió guía.

Pero el pasado nunca desaparece del todo.

Esther tenía resentimiento, porque habían dejado a su padre; no entendía la huida de la casa de Carmen por el trabajo forzado; del poder conseguir sustento con Armando para su familia; pero, no prefería estar con el trato fuerte a la violencia.

Ella había dejado.

Y eso no se olvidaba.

Los lunes, a las cinco de la tarde, algo volvía a agitar su interior.

José.

Siempre estaba allí.

Más viejo, más cansado... pero con la misma mirada. Esa mirada que la había acompañado en otro tiempo, en otra vida.

Carmen lo evitaba. Bajaba la mirada. Se refugiaba en su fe.

Pero él no se rendía.

—Carmen... escucha.

Sus palabras llegaban en forma de cartas, escondidas entre solicitudes dirigidas al padre.

—Deja esta vida —le escribía—. Vuelve. Trabaja en Pequenino. No estás hecha para estar enterrada aquí... lejos del mundo.

Carmen cerraba los ojos al leerlas.

Porque en el fondo...

sabía que ese amor nunca había muerto.

CAPÍTULO III: INSISTENCIA AMOROSA

Los lunes se habían convertido en una espera.

Carmen, firme en su papel de cuidadora y dirigente principal ahora en su nuevo trabajo con el Obispo José María Rodríguez en la iglesia la Catedral de Ibagué en la cual actual se encuentra su osario, trabajaba allí en la Episcopal con su hermana Isabelina; en la que el familiar Santos Sosa de su madre Elisa, les había ayudado con el puesto; así se la pasaban, limpiando las copas de oro, las sotanas, los manteles, la alimentación; con la misma disciplina con la que organizaba su vida. Pero entre todas, siempre aparecía una: distinta, insistente, inevitable. Era la de José.

En cada línea, él le suplicaba un encuentro. Le ofrecía una vida distinta: una casa hermosa, estabilidad, educación para Esther... sin ataduras, sin compromisos que la obligaran más allá de su voluntad. Solo quería estar cerca. Solo quería recuperarla, aunque fuera a medias.

Y entonces, una mañana, llegó la última carta.

—Carmen —decía—, esta es la última vez que te escribo. Me han ascendido, me iré para Argentina. Seré jefe de la estación. No es lejos... pero ya no podré volver. El trabajo me exige todo. Toma una decisión. Te espero.

Carmen sostuvo el papel con manos temblorosas.

Luego, sin que nadie la viera, lo rompió en silencio.

Los fragmentos rosados cayeron como pétalos marchitos por la ventana.

Era su forma de resistir.

La rutina del convento continuaba imperturbable. El padre le asignaba tareas con la confianza de quien ve en ella una guía: organizar los mantos, preparar las oraciones de los lunes a San José y a la Virgen, aconsejar a las señoras distinguidas del pueblo, coordinar las peregrinaciones de los martes.

—Y no olvides descansar temprano —le decía—. La semana será pesada.

Pero Carmen ya no descansaba.

Algo en su interior comenzaba a quebrarse.

Mientras tanto, la vida seguía su curso fuera de los muros sagrados.

Rita había contraído matrimonio con Miguel, el hijo de José. A pesar de no ser hijo de Flor, ella lo había criado como propio. Flor, con su melena rojiza y su belleza inquietante, vivía entre lujos, modelando en agencias y administrando los negocios de José... aunque su fidelidad era tan inestable como su espíritu.

José, pese a tenerlo todo, no lograba llenar el vacío que Carmen había dejado.

Miguel, ajeno a todo, amaba a Rita con devoción ciega. Aceptaba hijos, dudas y silencios. Su amor era tan profundo como ingenuo, y en esa entrega sembraban, sin saberlo, las semillas de futuras desgracias.

En la iglesia, Carmen rezaba.

Rezaba más de lo necesario.

Rezaba para olvidar.

Pero cuando José dejó de aparecer durante dos lunes consecutivos, la ausencia se volvió insoportable. El silencio donde antes había cartas comenzó a doler más que cualquier recuerdo.

Salió al corredor. Respiró hondo.

Y por primera vez en años, desobedeció; se cansó de girarle todo lo que ganaba a su madre, de hacer los oficios y criar a sus hermanos todo el tiempo.

Carmen pensativa, se dirigió por el pasillo de la senda Episcopal y habló con el Obispo:

—Padre —dijo con voz apagada—, necesito hacer peregrinación.

El hombre la observó con cautela.

—Hoy no corresponde, Carmen. Debemos preparar la Semana Santa. La guerra está cerca... y debemos proteger lo poco que queda de paz.

Pero ella insistió.

—He cumplido con mis deberes. Dejaré todo organizado. Isabel puede encargarse.

Necesito salir... evangelizar... orar.

El padre dudó... pero finalmente accedió.

Carmen partió sola.

Sus pasos la guiaban más por el corazón que por la fe.

Entre oraciones y caminos polvorientos, atravesó pueblos, calles, miradas ajenas...
buscando una voz, una presencia, un recuerdo vivo. Como si pudiera encontrar en el
mundo aquello que había intentado enterrar en su alma.

Su destino la llevó a Villa Flor.

Allí, entre rieles y humo de trenes, trabajaba José.

Esa misma noche, el 20 de marzo 1958 Carmen recorrió las calles bajo la lluvia. Preguntaba por él con la ansiedad de quien ha esperado demasiado tiempo.

Pero la respuesta fue un golpe.

José se había marchado... con su mujer.

La noticia la dejó vacía.

En medio de la lluvia, sin fuerzas, dejó caer su camándula. Las cuencas rodaron por el suelo como pequeñas lágrimas de fe rota. Las hojas mojadas crujían bajo sus pies mientras la madrugada comenzaba a abrirse paso.

Pero la realidad era otra.

Flor no vivía para José.

Aquella noche, mientras Carmen se desmoronaba en la lluvia, Flor se entregaba a otros

brazos, huyendo de una vida que nunca quiso. Regresaba a casa antes que su esposo, fingiendo rutinas, inventando historias.

José, sin saberlo del todo, lo sospechaba.

La duda lo consumía.

Y la soledad también.

El trabajo en la estación de Villa Flor se convirtió en su refugio. Entre motores, horarios y trenes, encontraba una distracción imperfecta. Cada llegada le recordaba algo. Cada partida... a Carmen.

Su imagen seguía intacta en su memoria: joven, luminosa, inalcanzable.

Carmen, ajena a todo, logró finalmente ubicarlo.

—Sí, trabaja aquí —le dijo un hombre—. Es el jefe del movimiento.

No esperó más.

Corrió.

Corrió como si pudiera recuperar el tiempo, como si los años no hubieran pasado, como si el amor aún la esperara en la siguiente esquina.

Pero lo que encontró... no fue lo que soñó.

José estaba destruido.

El alcohol le había desfigurado el alma. Sus palabras eran fragmentos de dolor.

—Flor... Flor ... ¿por qué me hiciste esto? Luego,

como en un delirio, pronunció otro nombre.

—Carmen... eres mi pesadilla... solo un reflejo...

Ella sintió cómo algo dentro de sí moría en silencio.

No dijo nada.

No se reveló.

Solo observó... y comprendió que ya no había lugar para ella.

Cerró la puerta.

Y se fue.

El regreso fue un viaje hacia adentro.

Cada paso despertaba recuerdos: el edificio Pequenino, el aroma del café, las miradas compartidas, las cartas escondidas, los paseos, las flores, las oraciones distraídas.

Y luego, su infancia.

Las risas, el hambre, el trabajo, el amor áspero de su padre, los castigos de su madre, las caminatas nocturnas, los premios pequeños, las travesuras en el campo.

Todo volvió.

Todo dolió.

Carmen comprendió que su vida no había sido una sucesión de decisiones... sino de renunciaciones.

Y que, quizás, el amor más grande de su vida...

siempre había llegado tarde.

CAPÍTULO IV: UNA FAMILIA EN INICIATIVA

El tren avanzaba con un lamento metálico que parecía acompañar los pensamientos de Carmen. Cada sacudida era un recuerdo, cada silbido una duda. Miraba por la ventana sin ver realmente el paisaje, como si su mirada estuviera atrapada en el pasado: en su padre, en su madre, en Esther... y, aunque no quisiera admitirlo, en José.

Por un instante, deseó detener el tiempo, bajarse de ese viaje y no continuar. Pero ya era tarde. El destino, como siempre, la arrastraba.

Cuando llegó a la casa familiar, el aire estaba cargado de una mezcla extraña: vida y desgaste. Rita ya era madre de cinco niños; Elena, la preferida, tenía dos hijos mayores; la casa rebosaba de voces, pasos y necesidades. Y Esther... su Esther... no era más que otra mano útil, otra presencia silenciosa, casi una empleada más. Sus hermanos contraían parejas y se marchaban a vivir cerca o en otros municipios, recibiendo algunos los castigos mas severos.

Las miradas la recorrieron con disimulo, como si fuera una extraña.

Solo su padre rompió la distancia.

—Mija... —dijo Domingo, con una emoción que apenas sabía expresar—. ¡Cuánto tiempo sin verla!.

Carmen sintió un nudo en la garganta. Nada había cambiado.

Domingo continuó, como si el tiempo no hubiera pasado:

—Los abuelos murieron. No dejaron nada. Todo se lo llevó la tía María... pero conseguimos casa en la ciudad Bolívar, lejos del algodón, lejos del campo. ¿Se viene con nosotros?

Y Carmen, cansada de huir, aceptó.

Se instalaron en el pueblo El Sol.

Allí, la familia intentó recomponerse, como piezas de un rompecabezas que nunca encajaba del todo. Domingo y Elisa comerciaban artesanías hacia Las Atalayas, viajando cada semana con la esperanza de sostener lo poco que tenían.

Carmen encontró un respiro entre sus hermanos. Especialmente en el pequeño Alberto, cuya risa parecía limpiar, por momentos, las sombras del pasado.

Carmen recordó hace unos años atrás en su infancia...

Elena, firme y silenciosa, se había convertido en el pilar del hogar. Su carácter imponía orden donde antes solo había caos.

Pero la calma nunca duraba, cuando crecía, conseguía amores, y rebeldías que hacía que Domingo fuera severo en los castigos.

Un sábado, el río Magdalena rugió como una bestia desbordada. Los hijos esperaban a sus padres, angustiados. Las horas pasaban y no había señales. El miedo creció hasta hacerse

insoportable.

Hasta que los vieron.

Una pequeña canoa luchaba contra la corriente. Los hombres, desde la orilla, lanzaban cuerdas desde los árboles para rescatarlos. Domingo y Elisa llegaron empapados, exhaustos... pero vivos.

Las mercancías se habían perdido.

La vida, no.



(Tomado de IA)

Carmen observó a su padre con un temor profundo: perderlo sería perder lo único que aún la sostenía.

El tiempo avanzó, pero no trajo paz.

Doña Elisa fue encarcelada, acusada injustamente de un robo que nunca cometió. Durante cuatro años, la familia vivió en la mentira: ella decía trabajar lejos. Nadie debía saber la verdad.

Domingo, desesperado, buscó refugio en casa de su hermano Julio. Allí vivía también Salomón, el abuelo: un hombre duro, marcado por guerras antiguas y resentimientos aún más viejos.

La convivencia fue amarga.

El abuelo comía frente a ellos sin compartir, humillándolos en silencio. La ausencia de la abuela Justina, que había huido de ese mismo maltrato, era una herida abierta.

Cuando Elisa regresó, tras años de encierro, el reencuentro fue intenso... pero breve en su alegría.

—Nos vamos —dijo Domingo una noche—. Este lugar no es hogar.

Elisa, debilitada, asentía con miedo.

—Me están haciendo daño... —susurró—. Esto es brujería.

Buscaron respuestas en Peñalisa, entre espiritistas y rituales oscuros. Aquella noche, entre visiones y miedo, creyeron ver salir de su cuerpo el origen del mal: un sapo, grotesco y simbólico.

Pero la revelación no trajo alivio.

—Nos vamos —repitió Domingo—. Esto es del demonio.

Y se fueron.

Como siempre.

El camino los llevó por pueblos, fincas, tierras prestadas. Domingo se ganó el apodo de “el Gitano”, por su vida errante, siempre en movimiento, siempre buscando.

En Villa Café, una mujer les ofreció tierra. Construyeron una casa de guadua, con techo de palma. Parecía, por fin, un comienzo.

Pero el destino volvió a moverse.

Delia, una de las hermanas de Domingo, llegó con palabras suaves... y promesas. Los convenció de partir nuevamente hacia el campo La Esperanza.

Allí, la vida se mezcló con pasiones y secretos. Rita era una de los secretos siniestros, que nacieron bajo los yugos de las peleas entre Domingo y Elisa.

Elena se enamoró de Ramón, un hacendado. La relación, oculta al principio, terminó en matrimonio. Luego, Isabel también partió hacia su propio destino. La familia comenzó a dispersarse.

El amor florecía... pero también las desgracias.

Uniones prohibidas, hijos nacidos entre dudas, apellidos manchados por murmullos.

Raquel, hermosa y frágil, marcada por la enfermedad, caminaba entre la inocencia y el deseo. Su encuentro con Cristóbal, al borde del río, fue tan fugaz como intenso. De ese instante nació María Elena... una niña destinada a cargar el peso de decisiones ajenas.

Elisa, temerosa del escándalo, intentó borrar ese embarazo con remedios oscuros. Pero la vida, terca, se impuso.

La violencia política volvió a empujarlos.

Tras la muerte de Gaitán, el miedo se convirtió en ley. La familia huyó una vez más, esta vez hacia Neiva, atravesando caminos vigilados por soldados, obligados a levantar las manos para sobrevivir.

Allí, el viejo Eustaquio Leal les dio refugio.

Pero ni siquiera ese lugar fue suficiente.

El clima enfermó a la pequeña Rosita, otra hermana menor de Carmen. La trasladaron, buscaron soluciones... pero la niña

murió de pulmonía.

Domingo la enterró solo.

Ese día, algo en él también murió.

La vida continuó, como siempre, entre pérdidas y resistencias.

Elena fue rescatada por su padre de un matrimonio fallido. Regresó con su hija Luz, aún pequeña, huyendo de la violencia doméstica.

Carmen, por su parte, volvió a lo único que sabía hacer: cuidar. Trabajaba como niñera,

dentro y fuera de casa, criando hijos propios y ajenos.

Las noches se llenaban de historias.

Domingo y Elisa contaban relatos del pasado: apariciones, criaturas extrañas, sombras en el Magdalena. Historias que mezclaban verdad y miedo, y que mantenían viva la memoria.

Hasta que un día, la dueña de la casa, Margarita —la “jefa”—, murió.

Antes de partir, les dejó todo: la casa, la tierra... y un secreto.



Domingo y Elisa

Bajo el árbol de limón, decía Elisa, descansaba una huaca. Un legado antiguo, enterrado por quienes habitaron esas tierras mucho antes.

Un secreto que no debía revelarse.

Un vínculo con el pasado que, como todo en la vida de Carmen...

nunca terminaba de desaparecer.

(...) Las guerras dejaron heridas profundas en muchas familias, y la de los Mil Días fue una de aquellas tormentas que marcaron para siempre la memoria de varias generaciones. Entre quienes cargaron con esas cicatrices estuvo el padre de Domingo, Salomón. En medio de aquellos tiempos convulsos, tuvo que salir en busca de su madre, pues Salomón, su padre, daba una vida difícil a ella y a sus hermanos. La violencia no solo se libraba en los campos de batalla; también se infiltraba en los hogares, sembrando miedo, ausencia y sufrimiento.

Los años pasaron, pero los recuerdos permanecieron intactos. Cuando Domingo vivió los acontecimientos relacionados con Santofimio, muchas de aquellas imágenes dolorosas parecieron regresar a su memoria. Recordaba el horror de tener que caminar entre cuerpos tendidos, escenas que también quedaron grabadas en el corazón de Carmen. Tal vez por eso aprendieron a guardar silencio cuando las conversaciones giraban en torno a los partidos políticos. Habían visto demasiado dolor para creer ciegamente en los colores de una bandera.

José, sin embargo, tenía una relación distinta con la política. Conocía a Santofimio y las diferencias entre ambos eran bien conocidas. Los discursos que José pronunciaba en las plazas públicas solían cuestionar abiertamente sus

posiciones, lo que alimentó una rivalidad que con el tiempo se hizo evidente. A ello se sumaba la cercanía y amistad que José mantenía con Lleras, cuyas ideas respaldaba con convicción. En aquellos años, la política no era solamente un asunto de elecciones; era una fuerza capaz de dividir amistades, enfrentar vecinos y dejar huellas imborrables en la vida de quienes la vivieron de cerca.

Así, entre los recuerdos de la guerra, las tensiones políticas y las lecciones aprendidas a través del sufrimiento, la familia fue construyendo una visión prudente de la vida, comprendiendo que ninguna ideología valía más que la paz, la dignidad y el bienestar de los seres queridos.

CAPÍTULO V: LA TRAGEDIA EN UNA IMÀGEN

La Estación seguía siendo un mar de secretos.

Carmen regresó al edificio Pequenino como quien vuelve a un lugar que nunca la ha soltado del todo.

Había sido superiora, niñera, servidora de Dios... y ahora, de nuevo, empleada. El tiempo parecía girar en círculos, arrastrándola siempre al mismo punto.

Durante dos meses, se entregó al trabajo con disciplina. Visitaba casas, limpiaba, cocinaba, ordenaba vidas ajenas mientras la suya se desmoronaba en silencio. En esas idas y venidas, fue testigo de la crudeza que habitaba en su propia familia.

(...) Carmen continuaba al servicio del hogar, entregando sus días al cuidado de sus hermanos menores: Pablo y Alberto. Sin embargo, era Alberto quien ocupaba un lugar especial en su existencia; lo cuidaba con severidad y ternura al mismo tiempo, lo reprendía, lo protegía y lo acompañaba en cada instante cotidiano. Juntos recorrían los caminos hacia el mercado, compartían las jornadas de lavado y el peso silencioso de la rutina.

También velaba por Raquel, su hermana de condición especial, mientras el eco de las historias de guerra narradas por Chucho resonaba entre las aguas y el jabón, relatos que parecían mezclarse con el cansancio de las tardes interminables. Pablo, aún pequeño, permanecía bajo el amparo de su madre, aunque Carmen no dejaba de extender sus cuidados hacia los hijos de Elena, ayudando en su aseo y en las labores diarias.

Así transcurría su vida: trabajando sin descanso para sostener a sus hermanos y mantener en pie el hogar. Y en medio de tantas responsabilidades, entre el sacrificio y la resignación, solo permanecía intacto en su memoria el recuerdo de José, aquel amor que aún habitaba silenciosamente en su corazón.

(...) A veces, los dolores de espalda parecían no tener final. Carmen recordaba entonces aquellos días de infancia en los que su madre, desesperada por verla caminar, la enterraba en tierra caliente buscando aliviar su fragilidad y devolverle la fuerza en las piernas. Desde muy pequeña entendió que su vida estaría marcada por el esfuerzo y el servicio hacia los demás.

Trabajaba en distintas casas, aceptando cualquier labor que pudiera ayudar al sustento del hogar y a las necesidades económicas que continuamente surgían. Incluso el poco dinero que conseguía terminaba repartido entre las exigencias y carencias de la familia. Sin embargo, nunca dejó de avanzar, aun cuando el cansancio parecía vencerla.

En una de aquellas jornadas de angustia y desesperación por encontrar trabajo, se cruzó en el camino con una anciana desconocida. La mujer, conmovida por su situación, decidió ayudarla y la llevó hasta una casa donde buscaban quien sirviera. Para darle mayor confianza a la familia, la anciana fingió ser su tía y habló de Carmen como si fuera parte de su propia sangre. Gracias a ello, logró quedarse con el empleo.

Pero, así como apareció de manera inesperada en su vida, la mujer desapareció un día sin dejar rastro alguno.

Carmen nunca volvió a verla, aún cuenta la historia, como si fuese la misma virgen en su presencia. Durante mucho tiempo se preguntó quién había sido realmente aquella viejita que, en medio de su miseria y desespero, surgió como una sombra bondadosa para tenderle la mano y luego perderse nuevamente entre los caminos del olvido.

(...) Rita, su hermana, continuó entregada a sus amoríos con Miguel. Entre encuentros sencillos y promesas construidas en medio de la pobreza, ambos fueron levantando una vida juntos. Miguel trabajaba arduamente como albañil, dejando sus fuerzas entre ladrillos, cemento y largas jornadas bajo el sol, mientras Rita permanecía aferrada a la ilusión de formar un hogar propio.

Con el paso del tiempo, y en medio de las dificultades cotidianas, comenzaron a llegar los hijos, uno tras otro, como pequeñas esperanzas nacidas entre la incertidumbre y el sacrificio. Cada nacimiento transformaba la rutina familiar, llenando la casa de voces, llantos y nuevas responsabilidades que parecían multiplicarse junto con las necesidades del hogar.

Aun así, Rita veía en Miguel un refugio humilde pero constante, mientras él intentaba sostener a su familia con el trabajo de sus manos cansadas y el deseo silencioso de ofrecerles una vida más digna.

En casa de Rita y Miguel, los gritos se volvieron cotidianos. Los golpes, inevitables. Los hijos crecían entre insultos, traiciones y rumores. El nombre de Muñoz, el vecino, se deslizaba entre murmullos, señalando infidelidades que nadie se atrevía a enfrentar abiertamente.

Heriberto, Almircar, Claudia, Fernando, Alis, Rodolfo, Eulalia, Antonio y Luz Dary.

Nombres que cargaban historias rotas.

Carmen observaba, callaba... pero entendía.

Sabía quiénes eran hijos de sangre... y quiénes no.

...Rita, la hermana de Carmen, había crecido con un espíritu indomable y una necesidad constante de sentirse admirada. Mientras Miguel salía durante semanas enteras a trabajar, llevando sobre sus hombros el peso del sustento y el cansancio de los caminos interminables, ella llenaba los silencios de la casa con risas ajenas, miradas furtivas y amores pasajeros entre vecinos y amigos cercanos. En el pueblo, los rumores caminaban más rápido que el viento, aunque pocos se atrevían a pronunciarlos en voz alta.

Fue entonces cuando Carmen y Elena, las hermanas mayores, curtidas por los años y por la intuición que da el sufrimiento, comenzaron a notar detalles imposibles de ignorar. Las facciones de Heriberto, la mirada distante de Alis y el temperamento de Fernando no parecían llevar la sangre de Miguel. Las sospechas crecieron lentamente, como una sombra silenciosa que se extendía por los corredores de la vieja casa familiar; Incluyendo la mirada de rareza de Rodolfo.

Una tarde, entre murmullos y verdades a medias, comprendieron aquello que durante tanto tiempo había permanecido oculto: aquellos hijos no eran descendientes biológicos de Miguel. Sin embargo, el hombre, aun conociendo las habladurías y sintiendo el peso de la traición rondándole el pecho, decidió guardar silencio. Nunca levantó la voz ni apartó a los muchachos de su lado.

Miguel los quiso como propios, quizá porque entendía que el amor verdadero no siempre nace de la sangre, sino de la costumbre de cuidar, de acompañar las enfermedades, de celebrar las pequeñas victorias y de permanecer incluso cuando el corazón ha sido herido. Y así, bajo las sospechas del pueblo y el juicio silencioso de la familia, continuó

siendo padre para ellos, aferrándose a la dignidad de quien prefiere amar antes que destruir lo poco que le queda de hogar.

Rodolfo, a sus veintitrés años, parecía haber escapado del destino familiar, atrapado en los recuerdos, de que en algunos momentos sus hermanos intentaron agredirlo solo por no ser hijo legítimo de su padre Miguel. Tenía casa, carro, dinero. Era, en apariencia, el orgullo de los Páez. Pero incluso allí, la competencia, la envidia y el resentimiento comenzaban a crecer como una enfermedad silenciosa.

La familia se devoraba a sí misma.

En el edificio Pequenino, la rutina se repetía: tintos calientes, pasillos brillantes, voces de poder.

Y entonces... Unos 10 años atrás en que nacieran los hijos de Rita:

José.

Apareció como antes, recorriendo los pasillos, reclamando, organizando, imponiendo su presencia. Pero cuando vio a Carmen, el tiempo se detuvo.

—¿Cómo te ha ido, Carmen?

Ella bajó la mirada, como si intentara protegerse de algo que ya no podía evitar.

—Bien... no esperaba verlo aquí. Pensé que seguía en la estación... con su mujer.

José dejó escapar una risa amarga.

—¿Mi mujer? Se fue... la dejé ir. Nunca hubo hijos. Miguel... fue una obligación. Un error que tuve que pagar incluso en la cárcel.

Sus palabras pesaban.

—Ahora tiene su propia desgracia —continuó—. Se enamoró de tu hermana. Parece que en esta familia competir por el dolor es tradición.

Carmen guardó silencio.

Pero ya era tarde.

El pasado había vuelto.

Los días comenzaron a teñirse de una nueva luz.

Entre miradas, regalos discretos, flores marchitas en escritorios... el amor resurgió. Ya no era inocente, ni joven, ni puro. Era un amor cansado, urgente, necesario.

Se encontraron.

Se buscaron.

Se entregaron.

Besos, abrazos, noches compartidas... una felicidad tardía que parecía desafiar los años perdidos.

José le propuso quedarse cerca de la estación. Carmen aceptó.

Junto a Esther, comenzaron de nuevo.

En Villa Jordán encontraron una casa.

Allí, la vida tomó otra forma.



Carmen y Baruj

Nació Baruj, el mayor, entre pasos definidos y tiernos; dos años después llegó Jenny, la líder en la que se convertiría el hogar. Luego nació Ricardo, un 8 de diciembre de 1960. Rodeado por una multitud de niñas y en pleno día de la Virgen, su llegada fue como un milagro frágil: su salud fue incierta desde el inicio, pero sobrevivió y luchó, como todos ellos.

En medio de todo, Carmen volvía a ser madre en cada gesto. Cocinaba, curaba, cuidaba y velaba; sus manos sostenían la vida de sus hijos con una fuerza que parecía no agotarse jamás.

Eran, por fin, una familia.



Baruj, Esther y Jenny

Pero no una familia en paz.

(...) Hubo un tiempo en que la vida volvió a poner a prueba el corazón de Carmen. Durante uno de sus embarazos, los médicos advirtieron que un bebé venía con complicaciones. Era un niño muy grande, y el parto fue tan difícil que Carmen estuvo a punto de perder la vida. José sufrió profundamente al verla debatirse entre la vida y la muerte; habría entregado todo cuanto poseía con tal de conservar a la mujer que amaba. Más de una vez temió perderla. La veía retorcerse bajo el peso de aquellos intensos dolores de cabeza y, en su afán por aliviarla, acudieron tanto a médicos como a espiritualistas, como a la llamada Hermana Herminda. Hubo incluso una semana en la que le prohibieron ver televisión, con la esperanza de encontrar algún alivio. También sufrió una grave infección causada por un método anticonceptivo, un episodio que llenó de angustia a quienes la rodeaban. Pero el miedo no era solo por ella: José también llegó a sentir de cerca la fragilidad de su propia vida cuando, tras un inocente aguacate con leche, sufrió una hemorragia que estuvo a punto de desangrarlo.

Finalmente, el niño nació. Se lo mostraron a Carmen apenas unos instantes: era un bebé hermoso, robusto y sonrosado. Su presencia llenó de esperanza aquel momento de angustia. En los recuerdos familiares quedó grabado que pensaban bautizarlo con el nombre de Cristo Jesús, un nombre que parecía guardar algo de misterio y de bendición. Tal vez los designios del cielo tenían otros caminos reservados para él.

Sin embargo, la alegría duró muy poco. El pequeño no logró sobrevivir. Aquel fue otro de los golpes más duros que Carmen tuvo que enfrentar. Perder a un hijo es una herida que nunca termina de cerrar. José, con el corazón destrozado, fue quien tuvo la dolorosa tarea de darle sepultura, mientras Carmen cargaba en silencio el vacío que había quedado en sus brazos.

Por aquellos años, la familia se trasladó al Jordán, donde levantaron con esfuerzo la primera casa que verdaderamente pudieron llamar suya. Había sido construida con sacrificio, ladrillo a ladrillo, y pronto se convirtió en una de las viviendas más admiradas del sector. No todos contemplaban aquel progreso con alegría. Entre vecinos y conocidos crecían comentarios de envidia, murmuraciones y creencias populares sobre maleficios y malas energías.

Carmen recordaba que algunas personas le llevaban regalos o envoltorios que parecían muestras de afecto, pero al abrirlos encontraba situaciones extrañas que alimentaban los rumores del barrio. En una época donde las creencias populares estaban profundamente arraigadas, muchos atribuían aquellos hechos a la envidia de quienes no soportaban ver prosperar a una familia trabajadora.

Aun así, ni las pérdidas, ni el dolor, ni las habladurías lograron derrumbar a Carmen. Su fe, su fortaleza y el amor de José continuaron sosteniendo el hogar que juntos habían levantado en medio de tantas pruebas.

La sombra de los Páez no tardó en aparecer.

Los hijos de Miguel acechaban, esperando la caída de José, como hienas alrededor de una presa. La herencia era un rumor constante, una amenaza silenciosa.

—Somos una desgracia generacional —decía José con cansancio.

Y Carmen comenzaba a creerlo.

Decidieron viajar a Honda, a casa de Rosa la hermana de José, durante la

Semana Santa. Quizá buscando descanso.

Quizá buscando reconciliación.

Pero encontraron otra forma de humillación.

Rosa hermana de José, los recibió con abrazos cálidos y atenciones cuidadosas. Alimentó a los niños, los arropó, los hizo sentir bienvenidos... al menos por un tiempo.

Hasta que llegaron otros.

María, con su dinero y su orgullo, ocupó el lugar principal. Las camas, los espacios, la atención... todo cambió.

Carmen y los suyos fueron relegados a esteras en el suelo.

José, en silencio, lo comprendió todo.

Y sin decir palabra, decidió marcharse.

Regresaron a la Estación con el peso de la dignidad herida.

Pero la paz no los esperaba.

Miguel apareció con sus reclamos, sus celos, su desprecio.

—Usted está con mi padre por dinero —le dijo a Carmen—. Cuando él muera, la veré pidiendo limosna.

Esa vez, Carmen no calló.

—¡Lárguese! —gritó, con una rabia que llevaba años acumulando.

Pero Miguel no se detuvo.

—Sus hijos son bastardos.

El silencio que siguió fue insoportable.

—Los suyos tampoco son del todo suyos —respondió Carmen, temblando.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como una sentencia.

Miguel se marchó.

Y Carmen lloró.

José, desde su trabajo como juez, intentaba reparar lo irreparable. Ayudó a Domingo el padre de Carmen a conseguir su pensión, movió influencias, sostuvo lo poco que podía sostener.

La familia, por un momento, pareció reconciliarse.

Entre tazas de chocolate y pan tostado, compartían risas, recuerdos... una ilusión de normalidad.

Hasta que la enfermedad llegó.

Domingo cayó.

La trombosis lo dejó débil, casi ausente.

En la habitación 104 A, la familia se reunió alrededor de su lecho. Las palabras se volvieron más sinceras, más urgentes.

—José —dijo Domingo con esfuerzo—, usted es bienvenido en mi familia... aunque no crea en Dios.

José apretó su mano.

—No sé qué pase después... pero espero que usted sea quien me despida.

Fue una promesa extraña.

Pero real.

Afuera, el mundo se descomponía.

La violencia avanzaba.

Los gritos, las armas, los bandos... comenzaban a tomarse la ciudad.

Y dentro de aquella familia, marcada por el amor, el dolor y la resistencia...

la tragedia apenas comenzaba a tomar forma.

(...) En una noche de mayo de 1967 nació una niña que parecía llegar para devolver la calma al hogar. Era Lyzzi Páez, la menor de la familia, querida y admirada por sus hermanos desde el primer instante. Con los años, aquella pequeña que llenó de luz la casa fue tejiendo su propio destino y consolidando una historia propia.

CAPÍTULO VI: UNA VIDA PROLONGADA

La vida de Carmen transcurría entre rutinas que parecían no tener fin. Desde el amanecer, su cuerpo ya estaba en movimiento: alistaba el mercado, bañaba a los niños, organizaba a los mayores para el colegio. Con Ricardo y Lizzy de la mano, recorría las calles polvorientas mientras el día apenas despertaba.

Regresaba a casa, ataba al perro, encendía el fogón, preparaba el almuerzo. Luego venían más tareas, más silencios, más cansancio. Esperaba la llegada de su esposo, Agustín, y acompañaba a Esther en su formación como secretaria, aferrándose a la esperanza de que su hija encontrara un camino distinto.

Pero la tranquilidad era frágil.

Su hermano Jesús aparecía de vez en cuando, como un viento inquieto. Llegaba con sonrisas y se marchaba con gallinas, con comida, con lo que pudiera tomar. Su vida era errante, marcada por negocios inciertos y decisiones peligrosas.

Hasta que la amenaza se volvió real.

Los paramilitares comenzaron a exigirle dinero, a marcarlo como objetivo. La muerte empezó a rondarlo sin disimulo.

Y un día...

Llegó.

Golpearon la puerta, Elisa abrió y vio a su hijo:

El cuerpo de Jesús (Chucho) fue dejado allí, sin vida, irreconocible, violentado de una forma que ningún recuerdo podía suavizar. Elisa, su madre, apenas pudo reconocerlo. El dolor se instaló en la casa como un huésped permanente. Ella lo vio metido en un ataúd con cadenas ya sin vida; los paramilitares sin amor y compasión habían acabado con la vida de él en Anzoátegui, en el campo; Chucho cargaba un revolver cumpliendo los deberes y ayudas de la guerrilla con la gente campesina en Planadas; los paramilitares planearon la muerte de Chucho por colaborar con los otros y por temas políticos.

Carmen tuvo que mentir.

Negó a su propio hermano ante quienes lo buscaban. Negó su apellido, su sangre, su historia... todo por proteger a sus hijos, a su esposo, a lo poco que aún le quedaba. El miedo se volvió cotidiano. La guerrilla a los meses la llamaban para preguntarle si tenía alguna relación con Jesús Díaz, por el apellido.

Los vecinos murmuraban. Las miradas cambiaron. Incluso los niños, en su inocencia, percibían algo distinto en el ambiente. Pero ellos seguían jugando, corriendo, riendo... como si la infancia aún pudiera salvarlos.

La casa de Elisa se llenó de conflictos.

Las mujeres que habían compartido la vida de Jesús llegaron con reclamos, con heridas abiertas. Rebeca buscaba comprensión; Isabel, en cambio, traía consigo problemas, decisiones difíciles, incluso el rechazo hacia su propio hijo, Manuel, a quien Elisa terminó criando como suyo.

La familia se fragmentaba en silencios y reproches.

Las amenazas no cesaban.

Los familiares de José insistían en que debía marcharse, alejarse de Carmen, protegerse. Pero él se mantenía firme, aferrado a su vida en la Estación, a su trabajo, a su familia.

Mientras tanto, María Etelvina, su prima, en quien consideraba su hermana, confesaba

entre lágrimas la violencia que vivía en su matrimonio. Golpes, noches de miedo, una vida sostenida por la resignación.

La tragedia parecía repetirse en cada rincón de la familia.

Aun así, la vida continuaba.

Carmen comenzó a vender empanadas para sostener el hogar. Sus manos, que ya habían servido a tantos, ahora amasaban esperanza. Los niños la ayudaban: vendían en la plaza, en la estación, en calles lejanas.

Era su pequeña alegría.

Después de las tareas, salían a jugar. El parque se llenaba de risas, de gritos, de juegos interminables bajo la luna. Espartaco, el perro, corría detrás de ellos como un guardián fiel.

Eran momentos breves...

pero eran suyos.

Sin embargo, no todos seguían el mismo camino.

Esther, ya mayor, se alejaba cada vez más. Sus amistades, sus salidas, su deseo de vivir sin límites la empujaban a decisiones apresuradas. Ignoraba los consejos, los llamados de sus padres.

José, desde la terraza, la llamaba con voz firme:

—¡Vaya a dormir! Ojalá fuera igual de juiciosa para estudiar.

Pero Esther no escuchaba.

O no quería escuchar.

Finalmente, se fue.

Abandonó su hogar por seguir a un hombre, dejando atrás estudios, familia y oportunidades. Carmen sintió cómo su corazón se rompía en silencio.

Los días que siguieron fueron duros.

Esther cayó en una vida difícil, marcada por decisiones que la alejaban cada vez más de sí misma. Entre errores y soledad, llegó su hija Mónica, una luz en medio de la oscuridad.

Pero la realidad fue implacable.

Madre e hija enfrentaron momentos de abandono, de carencias, de dolor. Hasta que, vencida por el peso de sus decisiones, Esther regresó.

El regreso no fue fácil.

Buscó trabajo donde pudo y aceptó cuanto empleo se le cruzó en el camino. El salario apenas alcanzaba para cubrir las necesidades más básicas, pero ella persistía. Lo hacía por su hija y por sí misma.

Con el tiempo nació Mónica. Las circunstancias la obligaban con frecuencia a dejarla al cuidado de su madre, mientras ella continuaba sus andanzas en busca de un mejor porvenir. Así, la niña creció bajo la protección y la guía de su padre, José. Como toda adolescente, Mónica atravesó etapas difíciles y protagonizó más de un conflicto propio de su edad.

Años después, cuando la niña tenía doce años y José ya no estaba físicamente en este mundo, su recuerdo seguía tan vivo que parecía hacerse presente. En la intimidad de los pensamientos de Mónica, él se le aparecía como una voz serena que la invitaba a regresar de la casa de Esther para acompañar a Carmen y permanecer a su lado.

Cansada, decidió pedir ayuda a su padre.

José, aunque herido, no dudó.

Movió influencias, habló con la junta del edificio Pequenino. No como un favor... sino como una oportunidad justa.

—Mañana la traeré para la entrevista —dijo con firmeza.

Para él, aún había esperanza.

En medio de todo, apareció Gabriel.

Un hombre educado, estable, que veía en Esther algo más que su pasado. La admiraba, la cuidaba, soñaba con darle una vida distinta. Hablaba de estudios, de proyectos, de futuro. Este hombre le dio un estudio a Esther en el cual se enamoró de ella, con ello Esther ocupó cargos dados en el estilismo, costura y belleza.

José lo observaba con cautela... pero también con alivio.

Quizá, esta vez, las cosas podrían ser diferentes.

La familia se trasladó del Jordán al barrio Restrepo, buscando dejar atrás los rumores, los juicios, las miradas del pasado.

La casa era humilde, pero construida con esfuerzo.

Cada uno intentaba encontrar su camino: estudios, trabajos, pequeños logros. Carmen siempre les aconsejaba estudiar; ella, por toda su vida, solo hizo primaria, y con saber leer y escribir le es y fue grato para salir adelante; así que sus hijos de manera cumplida debían terminar el bachillerato.

Mónica aquella primera hija de Esther crecía entre el cariño de su abuelo, quien la llenaba de canciones y ternura. Veía en ella una oportunidad de redención.

Pero la calma nunca era completa.

Esther, dividida entre el deseo de cambiar y sus viejos impulsos, seguía tropezando. Entre amistades, salidas y tentaciones, su vida se movía en una línea frágil.

Y aun así...

la familia resistía.

Porque en medio del dolor, de las pérdidas, de los errores...

segúan juntos.

Sosteniéndose.

Sobreviviendo.

Prolongando una vida que, aunque marcada por la tragedia...

aún no dejaba de latir.

(...) Los hijos de Carmen crecieron entre corredores llenos de voces conocidas, reuniones familiares interminables y miradas que parecían guardar historias que nadie se atrevía a contar por completo. En aquella familia, los lazos no seguían siempre el orden natural de las cosas; se confundían entre afectos prohibidos, parentescos entrecruzados y secretos que con el tiempo terminaron convirtiéndose en parte de la vida cotidiana.

Así, los hijos de Carmen no solo eran hermanos entre sí, sino también tíos y primos de otros miembros de la misma sangre, como si el destino hubiese tejido los vínculos familiares con hilos enredados imposibles de separar. Cada generación parecía repetir errores antiguos, acercándose demasiado unos a otros, buscando amor y refugio precisamente donde más dolor podía nacer.

Y entre todas aquellas historias apareció una que terminó de sacudir los cimientos de la familia: el hijo del esposo de Carmen, criado entre las mismas mesas y los mismos abrazos familiares, terminó enamorándose de la hermana de ella. Nadie supo en qué momento las miradas inocentes se transformaron en silencios incómodos ni cuándo la cercanía habitual cruzó la frontera de lo prohibido. Algunos fingieron no darse cuenta; otros callaron por miedo a destruir lo poco que quedaba de unidad.

Desde entonces, la familia quedó marcada por una sensación constante de misterio, como si cada conversación ocultara una verdad más profunda. Los secretos se guardaban detrás de las puertas cerradas, en las sobremesas silenciosas y en las noches donde cada quien prefería dormir acompañado de sus propias culpas antes que enfrentarse a la realidad.

Era una familia unida no solo por la sangre, sino también por las heridas, los amores imposibles y las verdades nunca dichas. Una familia conectada por misterios que pasaban de generación en generación, como un eco antiguo que se negaba a desaparecer.

Lo importante era que los hijos de Carmen crecían cobijados por el amor de sus padres. En las noches tranquilas, mientras el viento golpeaba suavemente las ventanas de la casa, ella les hablaba de su infancia, de aquellos días humildes en los que una muñeca de trapo era su más grande tesoro y en los que muchas veces la vida parecía demasiado dura para una niña tan pequeña. Sus hijos escuchaban atentos, como quien oye historias lejanas llenas de tristeza, pero también de valentía.

Ahora Carmen deseaba para ellos una existencia distinta, una vida donde la felicidad no tuviera que mendigarse. Entre la pequeña cacharrería que había levantado junto a José y el bullicio del barrio, los niños crecían entre risas y juegos interminables. Se escondían detrás de las cajas del local, corrían por las calles polvorientas, jugaban dominó con los vecinos y convertían cada rincón en un universo propio. A pesar de las dificultades, eran felices.

Pero el tiempo, silencioso e inevitable, comenzó a cambiarlo todo. Esther decidió marcharse, dejando tras de sí conflictos con su padre debido al nuevo novio que había llegado a su vida. Lizzy, por su parte, emprendió muy joven el camino hacia otras ciudades, persiguiendo estudios y sueños que parecían demasiado grandes para aquel pequeño hogar. Poco a poco, la casa empezó a llenarse de ausencias.

Por otro lado, las mascotas siempre fueron muchas las que ella tuvo en su infancia y en compañía de su familia; como si Carmen necesitara llenar los vacíos con nuevas compañías. Sin embargo, entre todas ellas, ninguno fue tan recordado como Espartaco, el perro que José más quiso. Aún permanece vivo en la memoria aquel instante doloroso en el que José regresó agotado de su trabajo y encontró al viejo perro esperándolo en la sala, inmóvil y silencioso, como si hubiera resistido únicamente para darle el último adiós.

CAPÍTULO VII: LAS MUJERES DE LA HISTORIA

(...) José presentía que su momento estaba cerca. Había algo en su mirada, en la manera pausada con la que observaba la casa y en el tono sereno de sus palabras, que hacía pensar que ya se estaba despidiendo de la vida sin decirlo abiertamente. Días antes, había reunido a Carmen y a sus hijos para conversar sobre el futuro, como quien desea dejar en orden los últimos fragmentos de su existencia.

Habló largamente de Carmen, de la necesidad de que nunca quedara sola, de que el amor y la unión familiar fueran el refugio que la sostuviera cuando él faltara. Pensaba especialmente en Jenny, en su nobleza silenciosa y en la certeza de que jamás desampararía a su madre. Le pidió que cuidara de Esther, que acompañara también a sus demás hermanos y que jamás permitiera que las diferencias destruyeran los lazos de sangre.

José sabía que algunos de sus hijos habían tomado caminos difíciles, decisiones equivocadas y pasos inciertos que muchas veces llenaron el hogar de preocupación. Sin embargo, no quería que la vida entera se redujera a juzgar sus errores. Decía, con la sabiduría que solo otorgan los años y el sufrimiento, que la adolescencia suele arrastrar a muchos hacia tormentas pasajeras, y que solo el tiempo permite comprender el verdadero valor de las caídas y los arrepentimientos.

—Uno conoce a los hijos incluso en medio de sus errores —solía decir—. Y aunque tropiecen, nunca dejan de necesitar una mano que los espere cuando quieran volver.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el corazón de la familia como una herencia invisible, más valiosa que cualquier bien material. Porque José no estaba repartiendo riquezas, sino dejando sembrado el último deseo de un padre: que, aun después de su ausencia, el amor siguiera manteniendo unida a su familia.

El tiempo siguió su curso, arrastrando consigo nuevas historias y heridas. Esther, ahora su madre nuevamente, sostenía en brazos a su pequeña Diana, fruto de una relación inestable con Carlos, un hombre entregado al licor y a las fiestas, incapaz de asumir el peso de la responsabilidad. Para él, la vida era un tránsito ligero, sin consecuencias duraderas; para Esther, en cambio, cada decisión dejaba una marca profunda.

Más de una vez, la niña fue dejada en la sala de la casa de Carmen, como si el abandono fuera una costumbre heredada. Mónica, observadora silenciosa, reclamaba la presencia de su madre, buscándola entre ausencias y promesas rotas, mientras el ambiente se llenaba de olores ajenos, de noches largas y decisiones equivocadas.

Carlos continuaba su vida sin cambios: conducía su buseta, reía en las parrandas y aceptaba sin mayor reacción los reproches que Esther llevaba hasta su padre. El dolor, en él, parecía no arraigar.

Mientras tanto, los demás miembros de la familia tejían sus propias historias. Baruj encontró afecto en una mujer, aunque el hijo que llegó no llevaba su sangre. Ricardo, por su parte, se dejaba envolver por la dulzura de Janeth, cuyo cariño parecía calmar las tensiones del hogar. Carmen, sin embargo, mantenía sus preocupaciones intactas: anhelaba estabilidad, pensión para su madre y, sobre todo, aceptación en medio de una

familia que nunca dejó de cuestionarla.

Lizzy partió a Armenia con sueños de estudio y superación, acogida por su tío Pablo. Pero no todo fue hospitalidad. La mirada esquiva y los gestos de Gloria Elcy, su esposa, hacían de cada comida un momento incómodo, casi hostil. Lizzy percibía en cada gesto un rechazo silencioso, como si su presencia incomodara más de lo que admitían. Fue de esta manera, en que partió a casa de su tío Alberto.

Desde la distancia, contaba sus días a Carmen, mientras esta planeaba un viaje a Bogotá para reclamar un dinero pendiente de José. Sin embargo, el destino interrumpió cualquier plan.

Una noche del año 1986 José cayó víctima de un infarto lento, cargado de palabras no dichas y recuerdos que se desvanecían. Carmen presencié el dolor con incredulidad, como si la vida le arrancara de golpe lo único que le daba estabilidad. José la abrazó con tanto amor, y la besó, la sostuvo hasta que su aliento se dejó de sentir. Ricardo la acompañó al hospital, donde la frialdad de un médico confirmó lo inevitable: José había muerto.

El mundo se detuvo.

Las palabras de Miguel resonaron entonces con crueldad en la mente de Carmen: la imagen de ella, sola, cargando un costal, pidiendo limosna. El miedo al futuro se hizo tangible. No había dinero suficiente, ni siquiera para un entierro digno. La familia quedó suspendida entre el duelo y la incertidumbre.

El viaje a Bogotá, finalmente, se convirtió en una travesía de despedida y necesidad. Desde la ventanilla del tren, Carmen revivía su vida: los campos de algodón, los viajes interminables, las guerras, los sacrificios, el amor de José que ahora parecía eterno en la memoria.

Baruj, intentando sostener la familia, hablaba con firmeza:

—Mamá, no se preocupe. Algo vamos a hacer. Yo puedo trabajar, vender... lo que sea necesario.

Carmen, con voz quebrada, asentía sin convicción.

—Miraremos, hijo... aunque estos días que vienen serán difíciles.

Algunos años atrás...

(...) La adolescencia de Baruj estuvo marcada por la aventura, la resistencia y el deseo de descubrir horizontes más amplios que los que conocía. En una de las travesías que más recordaría a lo largo de su vida, decidió partir desde Medellín rumbo a Santa Marta, recorriendo a pie gran parte del camino. Avanzaba entre carreteras interminables, pueblos desconocidos y paisajes que parecían cambiar con cada amanecer, haciendo algunas paradas para recuperar fuerzas y continuar su marcha.

Cuando llegó a Ibagué, el viaje ya había dejado profundas huellas sobre su cuerpo. Sus pies estaban llenos de ampollas y heridas, castigados por los kilómetros recorridos bajo el sol y la lluvia. Apenas llevaba consigo un pequeño bolso que su hermano Ricardo le había prestado antes de partir; para entonces, el equipaje lucía tan desgastado como él mismo, vencido por el polvo de los caminos y el peso de la travesía.

Sin embargo, aquella no sería la única experiencia difícil que enfrentaría. Más adelante, Baruj prestó servicio militar, desempeñándose como francotirador y formando parte de operaciones de contraguerrilla. Fueron años duros, marcados por la disciplina, el riesgo y las exigencias de una vida que pocos comprenden. Aunque mostró capacidades

para continuar una carrera dentro de la institución militar, las dificultades económicas se interpusieron en su camino. Los recursos no fueron suficientes para sostener sus estudios militares, obligándolo a renunciar a un proyecto que alguna vez imaginó como parte de su futuro.



Así, entre caminos recorridos a pie, sacrificios silenciosos y sueños aplazados, Baruj fue forjando el carácter de un hombre acostumbrado a levantarse una y otra vez frente a las adversidades que la vida le presentaba. Asimismo, los gustos como el rock eran uno de sus gustos favoritos.

Nuevamente en la actualidad...

En Bogotá, después de largas horas de búsqueda e incertidumbre, Carmen emprendió el viaje junto a Baruj para reclamar el dinero que José le había dejado como parte de su pensión. En aquella gestión contaban con la ayuda de Óscar, el nuevo compañero de Jenny, quien les había conseguido el apoyo de una abogada para orientarlos en el proceso.

Ya en la ciudad, Carmen tomó una decisión que llevaba tiempo guardando en el corazón: buscar a Rosa y transmitirle los saludos de su hermano. José le había pedido que nunca la olvidara, y ella estaba dispuesta a cumplir aquella promesa.

La búsqueda las condujo hasta María Jesús trabajaba en Ley de las Nieves almacén , hija de Rosa, quien al principio negó cualquier vínculo con la familia, levantando un muro de distancia y desconfianza. Sin embargo, la perseverancia de Carmen fue más fuerte que la negativa inicial. Poco a poco, sus palabras lograron abrir una puerta, no solo la de una casa, sino también la de los recuerdos y los afectos que el tiempo había mantenido ocultos. Se había mantenido al margen de la familia Páez, cerrando cualquier lazo con firme determinación. En su historia pesaba un amorío con Heriberto, hijo de Rita, un vínculo que terminó marcado por la tragedia. A raíz de aquella relación, perdió a su bebé, y el dolor la llevó a levantar un muro de silencio y distancia, negándose desde entonces a saber algo más de la familia Páez. Ella terminó teniendo contacto con la familia, pues todo aquello que rodeaba a José y a los Páez, y en lo que Carmen se involucraba, también despertaba el interés de Miguel. De algún modo, ese vínculo invisible entre ambas familias los mantenía cerca, y así, de manera natural, sus hijos fueron cruzando caminos hasta conocerse entre sí, tejiendo nuevas relaciones que prolongaban aquella historia común.

Finalmente, llegaron a la casa de Rosa.

La anciana abrió la puerta con lentitud. Su figura, encorvada y cansada, parecía anticipar la tragedia. No hicieron falta palabras: al ver las lágrimas de Carmen, comprendió. El dolor se desplomó entre ellas como un peso antiguo. El llanto fue inmediato, profundo, compartido.

El tiempo, implacable, continuó su marcha. Meses después, Rosa murió, consumida por la pena.

De regreso, la vida debía continuar. Ricardo y Baruj encontraron trabajo. Con esfuerzo, lograron darle a Carmen pequeños alivios: un televisor, compañía, momentos de descanso entre tanta pérdida.

Jenny comenzó a trabajar en el edificio Pequenino, despertando miradas e intereses entre sus compañeros, como auxiliar contable, sus cabellos dorados hacían que fuese la más bella del lugar, que varios hombres quisieran invitarla a cenar. Lyzzi, no pasaba por desapercibida su melena alborotada color negro, con ojos negros, su mirada rozagante; por su parte, se debatía entre amores imposibles, marcada por diferencias sociales que le cerraban puertas antes de cruzarlas. Cuando llegaba de Armenia, traía consigo regalos y visitas a su madre y hermanos.

Las hermanas conversaban entre sí, compartiendo secretos, decepciones y sueños inconclusos. En medio de todo, la vida seguía: con tropiezos, con errores, con pequeñas

victorias.

Porque, al final, eran ellas —las mujeres de la historia— quienes sostenían el peso de todo lo vivido, cargando en silencio las huellas del pasado mientras intentaban, de alguna manera, construir un futuro distinto.

CAPÍTULO VIII: LAS TRAGEDIAS DEL AMOR

Carmen permanecía en casa, sostenida por la rutina y la necesidad. A su lado estaba Ricardo, quien llevaba a su novia con la que más duraba en relación, Janeth como si aún quedaran tiempos de abundancia, aunque en la mesa solo reposaran huesos y huevos, símbolos silenciosos de la crisis que atravesaban.

Baruj, por su parte, se aferraba a un amor incierto: Jazmín, una mujer que no le prometía futuro, pero sí una vida marcada por la incertidumbre y un hijo que no llevaba su sangre. Esther, fiel a su naturaleza errante, planeaba marcharse nuevamente, esta vez con Israel un hombre bueno, trabajador, pescador, sastre, con conocimientos del campo y con la esperanza de empezar de nuevo en otro lugar, lejos de todo lo vivido.

Mónica ya era madre. Cargaba con una niña pequeña y con el peso de decisiones que la habían llevado lejos de casa. Aún recordaba aquel sueño en el que su abuelo José le pedía abandonar la vida desordenada junto a su madre y regresar al hogar de Carmen. Pero la realidad fue más fuerte que cualquier advertencia: la calle, el alcohol y una relación inestable con Jessid —un hombre envuelto en problemas— terminaron por arrastrarla a un destino doloroso. Solo Carmen, con amor persistente, la llamaba de vuelta.

Como lo había hecho antes con Baruj, cuando el vicio lo convirtió en un caminante sin rumbo.

(...) Así Camila nació en medio de la pobreza, la incertidumbre y el abandono. Desde antes de llegar al mundo, su existencia parecía estar rodeada de dudas. La familia de su padre la rechazó desde el principio, negándole un lugar entre ellos y desentendiéndose de toda responsabilidad. Incluso llegaron a afirmar que no tenían ninguna certeza sobre su paternidad y que no asumirían compromiso alguno con la pequeña.

Sin embargo, Carmen no podía permanecer indiferente. A pesar de las dificultades y de las heridas que la vida ya le había dejado, luchó con todas sus fuerzas para que la niña naciera sana. Se aferró a la esperanza cuando otros solo veían problemas. Mientras algunos hablaban de abandono, ella defendía la vida de aquella criatura que aún no había pronunciado su primera palabra.

Mónica, por su parte, atravesaba una adolescencia turbulenta. Consumida por la inexperiencia, el desorden y la necesidad de encontrar un hombre que le ofreciera estabilidad y una oportunidad para rehacer su vida, pasaba largas temporadas lejos de casa. Sus ausencias eran constantes y, en medio de su búsqueda personal, se fue alejando poco a poco de quienes intentaban ayudarla.

Aquella situación provocó enfrentamientos con su tía Jenny. Las discusiones, los malentendidos y las preocupaciones fueron construyendo una barrera entre ambas. Durante un tiempo la relación se deterioró profundamente, hasta el punto de convertir el cariño familiar en una silenciosa enemistad. Con los años, la confianza comenzó a reconstruirse lentamente, aunque nunca volvió a ser la misma. Hubo épocas en las que apenas se hablaban y otras en las que el contacto solo ocurría por insistencia de Esther, quien procuraba mantener un puente entre ellas.

Detrás de aquellos conflictos también se escondían viejos dolores. Jenny atravesaba una de las etapas más difíciles de su vida tras la pérdida de su verdadero compañero de vida, Reinerio. El duelo, las tragedias acumuladas y las creencias que rondaban el ambiente familiar la llevaron a pensar que su sobrina transitaba por caminos equivocados.

Con el tiempo comprendió que muchas de aquellas sospechas habían nacido del miedo y de la confusión. Por ello buscó acercarse a Mónica y le pidió perdón, reconociendo sus errores.

No obstante, algunas heridas son difíciles de cerrar. Mónica continuó cargando resentimientos profundos, sintiéndose incomprendida y, en ocasiones, poco agradecida con quienes la habían criado y protegido. El abandono de su hijo en manos de la familia y la distancia que ella misma fue construyendo dejaron marcas que el tiempo no logró borrar del todo.

Así, entre reproches, intentos de reconciliación y afectos que luchaban por sobrevivir, la historia de Camila y de quienes la rodeaban se convirtió en un reflejo de las complejidades familiares: un entramado de amor, sacrificio, errores y heridas que cada generación debía aprender a enfrentar.

Diana crecía en otro extremo del abandono. Lejos del hogar, vagaba entre calles y puentes, apagando su tristeza en el alcohol y en amistades pasajeras. Su vida parecía avanzar sin rumbo, marcada por decisiones desesperadas y silencios profundos.

Esther, pese a los consejos de su madre, repitió ciclos que ya parecían inevitables.

Finalmente, decidió entregar a su hija a otra familia, confiando en que tendría un destino mejor junto a Orlando, un hombre de principios más firmes que los suyos.

Momentos antes con Jenny

Mientras tanto, Jenny vivía su propia historia de amor y algunas situaciones presentadas con Reinerio un hombre que conoció en el mismo edificio donde trabajó José, también como oficial mayor. Le entregó todo: su confianza, su afecto, su futuro. Pero la vida le devolvió dolor. Un embarazo inesperado terminó en pérdida, y con él, la estabilidad emocional de ambos. La ira de Reinerio estallaba en gestos desmedidos, en gritos y destrucción, reflejo de una infancia marcada por el abandono de sus padres; pero aquella bebe le hizo devolver a su familia, la oportunidad de luchar y entregar su vida. La crianza de una viejita quien le dio el estudio y la oportunidad de salir adelante; intento darse a la búsqueda de sus padres Raquel y Lino sumados al olvido por tener en la mente a la viejita Josefa que un día con mirada dulce lo recibió entre sus brazos.



Carmen, José, Jenny y Rita

(...) Reinerio fue el gran amor de Jenny. La amó con una intensidad silenciosa y profunda, de esas que se sostienen más en los actos que en las palabras. Cuando Jenny estuvo a punto de perder a su bebé, él, desesperado ante la posibilidad de perderlas a ambas, elevó una promesa al cielo: le pidió a Dios que, si era necesario, tomara su vida a cambio de la de él.

Jenny tenía una vida prospera, gozó de una buena salud, nunca tuvo apegos, viaje y tampoco vicios, con los amores que tenía, su belleza inigualable como las flores en la primavera, disfrutó de cada momento; pero, solo el amor de Reinerio, le hizo vivificar.

Reinerio amaba mucho la vida de ellas dos. Su único deseo era que sobrevivieran. Puesto que el embarazo de Jenny había sido tan riesgoso que en cualquier momento ella podría perder su vida cuando había sido trasladada a urgencias; una preclamsia casi acaba con la vida de ambas. Ciertamente se sabe, que cuando Dandy llegó al mundo, otro ángel de Jenny estaba cerca en su gestación, se sabe que nunca podría ser concebido por la condición delicada y en la intervención de varios médicos que la asistieron.

El tiempo pasó y la niña logró crecer sana. Pero cuando la pequeña cumplió dos años, el destino pareció reclamar aquella promesa pronunciada en medio del dolor y la fe. En 1994, en el antiguo Ibagué, Reinerio caminaba por el sector del puente de la calle 19. Allí, según contaban, vio pasar numerosos monjes vestidos de blanco, una imagen extraña y casi sobrenatural que quedó grabada en su memoria como un presagio. Cuando él murió Jenny regresó con su madre, su hija adquirió las facciones de su padre, con sus cabellos negros con sus cejas pobladas, ojos grandes y ovalados. Su madre tuvo las comodidades de heredar la pensión de su esposo. Muchas situaciones acaecieron, cuando empezó a enfermar en la crianza de su hija, los malestares, decaimientos; adicional, su niña también enfrentaba dichas situaciones por culpa de una brujería que engatusó sus destinos a culpa de las envidias y del

desterrar su amor. Su hermano Ricaro y Baruj tomaron los papeles de padres; aunque Ricardo estaba más cerca en tareas en apoyos, y ahora de grande Dandy se convirtió en el apoyo y en el cuidado de Carmen y sus dos hijos.

Fue precisamente en aquel lugar donde encontró la muerte y cumplió, de manera dolorosa y misteriosa, aquello que un día había ofrecido por amor. Desde entonces, su recuerdo quedó unido para siempre al sacrificio, a la devoción y al amor inmenso que sintió por Jenny y por su hija.

Su pasado lo perseguía: una madre ausente, un hogar fragmentado, una vida que lo obligó a crecer entre carencias. Sin embargo, también hubo manos que lo sostuvieron: una anciana que lo acogió como hijo y, más tarde, Carmen, quien le ofreció cuidado y dignidad.

El nacimiento de su hija no trajo la calma esperada. Por el contrario, la enfermedad golpeó a Jenny con fuerza. La preeclampsia la llevó al límite, dejando su vida suspendida entre la incertidumbre y la esperanza. Reinerio, desesperado, hizo promesas en silencio, mientras la familia observaba con temor.

Las tensiones no cesaron. La niña fue llevada lejos por decisión de él, separándola del calor de su madre. Jenny, debilitada, veía cómo su vida se desmoronaba entre recuerdos y renuncias.

Aun así, el tiempo trajo coincidencias inesperadas: la hija de Lizzy nació en el mismo periodo, como si ambas vidas estuvieran destinadas a entrelazarse desde el inicio.

Jenny, sin embargo, cargaba con un peso mayor. Había dejado su trabajo, su estabilidad, por el amor y crianza de su hija; adicional a las enfermedades que le habían generado secuelas al tener a su hija Dandy. Las noches que antes prometían libertad se convirtieron en sombras de lo que pudo ser.

Esther, por su parte, dejó atrás oportunidades valiosas. Hombres como Álvaro, que le ofrecían estabilidad y afecto, fueron reemplazados por decisiones impulsivas. Su vida se fragmentó entre relaciones, abandonos y la distancia con sus propios hijos.

Su belleza, que alguna vez abrió puertas, ya no era suficiente para sostener lo que el tiempo había desgastado. La vida la transformó, borrando poco a poco la imagen de la mujer joven que alguna vez fue.

En contraste, Ricardo persistía en su deseo de construir algo distinto. En Janeth veía la posibilidad de un hogar, de una familia que rompiera con el ciclo de errores. Mientras tanto, Baruj intentaba redimirse, cumpliendo la promesa que le había hecho a su padre: cuidar de su madre y sostener a sus hermanos.

Entre amores fallidos, sacrificios y pérdidas, la familia continuaba su camino.

Porque en aquella historia, el amor no era refugio seguro, sino una fuerza impredecible: capaz de salvar... o de destruir.

CAPITULO IX EL REENCUENTRO

El hijo perdido de Carmen, fruto de su primer amor, fue siempre una herida abierta. Lo había dejado con la esperanza de darle una vida mejor, creyendo que en un mes podría regresar por él con trabajo y estabilidad. Pero ese mes nunca llegó. La vida tomó otro rumbo, y el niño desapareció entre las grietas del destino.

Alberto, testigo silencioso en su infancia, recordaba el dolor de su hermana: la desesperación, la culpa y el vacío que nunca volvió a llenarse. Con los años, ese hijo crecería lejos, confundido, influenciado por la familia de Miguel, llegando a pensar que su madre había sido una mala mujer.

Carmen vivía para sus hijos, pero en su interior siempre habitaban los ausentes: el que perdió, el que nació muerto y los recuerdos de su sobrina Elena, marcada por enfermedades que su madre intentó evitar con remedios desesperados. Historias de niños que nacían y desaparecían, de vidas que parecían quedar suspendidas entre la tierra y el cielo.

Mientras tanto, la ambición seguía latiendo en la familia. Alis, hija de Miguel, solo pensaba en la herencia de Carmen, intentando asegurar el bienestar de su padre tras los errores financieros de Almircar, que dejó a sus padres sin hogar. La memoria de Chucho —el hermano de Carmen, asesinado brutalmente— aún pesaba como una sombra en la familia, quería embargarla; pero, por el hecho de ella estar en pie, y ser la esposa tenía el derecho de conservarla; teniendo en cuenta, el proceso legal de ella de las mejoras y del

predio que José le había dejado.

Eulalia, distinta a los demás, permanecía al lado de su padre, cuidándolo como si fuera su propia esposa, acompañándolo en la enfermedad y recordando las tragedias que ya habían marcado a la familia.

En contraste, los demás hijos de Miguel vivían entre excesos, relaciones confusas y conflictos morales. Los límites familiares se desdibujaban, las traiciones se repetían y los vínculos se contaminaban de dolor.

Alberto, por su parte, había intentado rehacer su vida tras una traición amorosa que casi lo destruye. Finalmente encontró estabilidad junto a Norfy, una mujer paisa con quien construyó un hogar después del terremoto del Quindío.

Pablo, el hijo de Elisa, se mantenía al margen de los conflictos, mientras Raquel vivía marcada por la enfermedad y la crianza de su hija María Elena, a quien protegía con un amor absoluto.

Recuerdos Ocultos de Carmen:

(...) El secreto de Raquel permaneció enterrado durante décadas entre los muros húmedos de la vieja casa familiar, oculto bajo el peso de la vergüenza, el miedo y el silencio impuesto por quienes preferían callar antes que aceptar la verdad. Nadie hablaba de ello; apenas era un susurro perdido entre las mujeres mayores de la familia, una sombra que aparecía y desaparecía en conversaciones inconclusas.

Raquel, marcada desde joven por su discapacidad y por la fragilidad con la que el mundo la observaba, vivió gran parte de su vida bajo el dominio y los abusos silenciosos de quienes aprovecharon su vulnerabilidad. En una época donde las mujeres como ella apenas tenían voz, su dolor fue escondido como si no mereciera existir. Y entonces ocurrió aquello que para la familia resultaba impensable: Raquel quedó embarazada.

La noticia cayó como una desgracia imposible de aceptar. Para muchos, aquello debía desaparecer antes de convertirse en escándalo. El embarazo fue ocultado entre excusas, encierros y miradas esquivas. Cuando finalmente nació el bebé, la versión que se entregó a la familia fue sencilla y cruel: el niño había muerto.

Y así, durante años, todos aprendieron a convivir con aquella mentira.

Pero el niño no murió.

Fue apartado de la vida de Raquel y entregado lejos de todo aquello que pudiera revelar su origen. Creció sin conocer la verdadera historia de su nacimiento, llevando otro apellido y otra vida. El tiempo pasó y aquel bebé, al que dieron por muerto, terminó convirtiéndose en un hombre inteligente y respetado: un ingeniero del cual nadie en la familia sospechaba su verdadera sangre.

Solo unos pocos conocían el secreto completo.

Años más tarde María Elena, la segunda hija de Raquel, otra pieza perdida dentro de aquel rompecabezas familiar construido sobre silencios y verdades ocultas. Pero ni siquiera entonces la familia se atrevió a romper del todo el pacto de callar.

Raquel envejeció guardando en el fondo de sus ojos la tristeza de una maternidad robada. A veces observaba en silencio las fotografías ajenas, las reuniones familiares y las risas de otros hijos y nietos, mientras en su memoria seguía vivo aquel bebé que alguna vez le arrebataron.

Y aunque el tiempo cubrió muchas heridas, el secreto jamás desapareció por completo. Permaneció allí, respirando entre las grietas de la familia, recordándoles que algunas verdades, por más ocultas que estén, nunca dejan de existir.

Historias y vivencias del esposo de Jenny:

Una noche, en medio del caos, Reinerio gritó:

—¡Señora Carmen! Déjeme a la niña... si algo me pasa, que al menos me recuerde.

El destino no tardó en responder. Días después, un accidente en moto acabó con su vida.

El golpe fue brutal, definitivo. Jenny, devastada, decidió marcharse un tiempo para Armenia con el fin de intentar olvidar.

La casa de Carmen se sostenía apenas. Baruj era quien aportaba económicamente, mientras los demás luchaban por encontrar su rumbo. La pensión de Carmen se convirtió en una esperanza, y gracias a los documentos que había dejado José y a la ayuda de Montaña, el proceso finalmente avanzó.

Montaña, hombre de vida compleja, logró gestionar los pagos pendientes. Sin embargo, su propia vida se apagaba lentamente a causa de una enfermedad que no perdonaba.

En medio de todo, surgieron nuevas alianzas. Delfina, amiga cercana de Carmen, le ofrecía compañía en medio del cansancio y la rutina. La vida continuaba, aunque fuera entre pequeñas conversaciones, favores y silencios compartidos.

Un día, mientras Carmen cuidaba de la oficina de Delfina abogada y madre de Lisandro, llevó consigo a su nieta Dandy. Al entrar, notó algo extraño en el abogado.

—Lisandro, ¡la niña está aquí!... —dijo con firmeza.

El hombre, sorprendido, intentó recomponerse. Carmen, inquieta, envió a la niña a comprar galletas.

Pero los minutos pasaban... y Dandy no regresaba.

El miedo la atravesó de inmediato. Recordó sus propias pérdidas, los hijos que se le habían ido, las veces que la vida le había arrebatado lo que más amaba.

—La voy a buscar... —murmuró, con el corazón acelerado.

Finalmente, entre risas inocentes, la niña apareció, mostrando orgullosa sus galletas. Carmen respiró. Aún no todo estaba perdido.

Pero la historia no se detenía.

Las visitas gestionadas para Delfina y Lisando tenían un propósito claro: encaminar los trámites necesarios para hacer valer la pensión que José había dejado destinada a Carmen. Aunque nunca estuvieron unidos por un vínculo legal, sí podían demostrar —con la fuerza de los años— tres décadas de amor incondicional, sostenidas en gestos, convivencia y una vida compartida.

Las firmas, los documentos de las casas y los patrimonios eran apenas huellas formales de una historia mucho más profunda, escrita no en papeles, sino en la memoria de lo vivido.

Mónica, como tantas veces, volvió a alejarse. Se marchó con el mismo hombre problemático que la arrastraba a una vida incierta. Gritos, noches sin rumbo y promesas vacías marcaron su camino.

Cuando Jessid fue arrestado, Mónica quedó sola. Soportó el rechazo de su suegra, quien dudaba del origen del bebé que esperaba.

—Cuando nazca, veremos si es de mi sangre —le decía con frialdad.

Y así, entre pérdidas, recuerdos y pequeñas esperanzas, Carmen seguía de pie.

Porque, a pesar de todo, aún quedaban reencuentros por vivir.

CAPITULO X UN SUEÑO HECHO REALIDAD

La lucha más grande de Carmen fue velar por aquella bebé que nació en medio del abandono. En el hospital, sin más compañía que su propia voluntad, defendió su vida como si en ella se resumiera todo su pasado.

Un año después, la suegra —ya envejecida y consumida— apareció para reclamar a la niña. Pero quien realmente velaba por su bienestar era Mónica, aunque su amor se viera constantemente opacado por la confusión y sus decisiones erráticas.

Mónica vivía sin rumbo. El tiempo la arrastraba de un hombre a otro, dejando tras de sí embarazos inciertos y preguntas sin respuesta. Así nació Diego, un nuevo bebe que seria criado por Carmen y por Esther.

Mientras tanto, la vida de Lizzy, estuvo rodeada de amores, de gustos, de trabajos; pero encontró su primer amor en Ricardo y padre de su única hija; pero, las malas decisiones como el alcohol dominaban su mal carácter, las discusiones constantes y las huidas silenciosas de Lizzy, quien llegaba incluso a cambiar de vivienda sin avisar, buscando escapar de una vida que la desgastaba.

A pesar de todo, Lizzy seguía amándolo. Se aferraba a la ilusión de un matrimonio duradero, al sueño de envejecer juntos y ver crecer a su hija. Los recuerdos del terremoto en el Quindío aún vivían en su memoria, marcando su historia y fortaleciendo su instinto de protección.

El tiempo avanzaba con dureza. Lizzy trabajaba como docente en un colegio privado, sosteniendo su vida con disciplina y nostalgia. Su hija crecía, y los momentos compartidos con Dandy en vacaciones se convertían en pequeños refugios de felicidad. Lizzy siempre laboriosa en sus estudios dados, como docente y canto.



Dandy, por su parte, llenaba sus días de juegos junto a su primo Alexander, el segundo hijo de Mònica, que dejó en casa de Esther para seguir otros rumbos. Dandy testiga de la crianza de Alexander entre su abuela e Israel aquel hombre que la acogió y decidió con ella formar un hogar distinto a los demás gracias al dinero que en Caquetá habría allí conseguido. Él formó ese bebé entre brazos, entre teteros, juegos, entre risas, que también surgían las lágrimas de Esther, quien temía que el niño repitiera la historia de abandono que ya conocían demasiado bien.

Pero Mónica no se detenía. Decidió marcharse con Edwin, dejando atrás el pueblo y todo lo que la ataba. Carmen, resignada, solo pudo desearle un camino lleno de paz, aunque en el fondo supiera que la vida rara vez concedía segundas oportunidades sin dolor. Tuvo luego dos hijos; perdió de nuevo su relación por la muerte de aquel hombre.

Baruj, en silencio, cargaba sus propias derrotas. El recuerdo de un amor perdido lo acompañaba mientras recorría las calles vendiendo lotería, intentando borrar el pasado entre el viento y la rutina.

Pasaron los años.

Cerca del año 2000, un 23 de enero, la vida comenzó a transformarse. Ricardo, golpeado por la pérdida de su empleo en Enertolima, dejó atrás los excesos y centró su vida en su mujer, visitándola cada día, sin importar los peligros de la noche.

Miguel, quien durante años atormentó a Carmen, ya no representaba una amenaza. Una

trombosis lo había dejado postrado, reducido a la fragilidad que alguna vez negó en otros.

Carmen, por su parte, se aferraba a la fe. Oraba ahora, en la visitas cercanas por su madre Elisa, ya con 80 años, ella con sus hijos formados y nietos, solo pensaba :

—Señor, dame la oportunidad de cuidarla por muchos años más. Permíteme no desviarme de tu camino.

Y su deseo fue escuchado. Elisa vivió más tiempo, y Carmen la cuidó con devoción diaria, cocinando, acompañando y sosteniendo su vida hasta donde le fue posible.

En medio de todo, Carmen continuaba su lucha por la pensión, asistiendo cada día donde Lisandro, incluso cuando sus hijos desconfiaban de él. Pero a ella no le importaba: la esperanza valía más que el cansancio.



Carmen, José y Ricardo.

Los recuerdos también regresaban en forma de visitas. María Etelbina, la última conexión viva con la familia de José, llegaba desde el Guamo, trayendo consigo historias, nostalgias y un afecto que el tiempo no había logrado borrar.

A veces llegaba la tía Etelbina junto a su esposo Eugenio, viajando desde El Guamo con el cansancio del camino pegado en la ropa, pero con la calidez de quienes siempre traían consigo el aroma del hogar y de los tiempos tranquilos. Su casa era distinta a todas las demás: amplia, abierta al viento y rodeada por un enorme patio que parecía no tener fin, un lugar donde la infancia encontraba refugio y libertad.

A los hijos de Carmen les fascinaba quedarse allí.

Apenas cruzaban la entrada, sentían que el mundo se volvía más ligero. El patio grande se convertía en un reino interminable para correr descalzos, perseguirse entre risas y jugar hasta que el sol comenzaba a esconderse detrás de los árboles. Les encantaba este lugar, porque también disfrutaban los viajes en tren, las cruzadas en el río, los almuerzos en hojas de plátanos y el disfrute de los avíos que empacaba su madre.



Jenny, Carmen, Etelbina y Eugenio

Las canchas improvisadas reunían a todos entre gritos y competencias inocentes, mientras las hamacas colgadas bajo los corredores se mecían lentamente con el viento tibio de la tarde. Allí se recostaban los mayores a contar historias antiguas, y los niños, medio dormidos por el calor y la tranquilidad, escuchaban relatos familiares que parecían mezclarse con el sonido de las hojas moviéndose.

Y estaban los vientos...

Aquellos vientos suaves de El Guamo que atravesaban la casa como si conocieran cada rincón, llevando consigo murmullos lejanos, recuerdos de infancia y voces de quienes ya no estaban. Parecía que cada corriente de aire guardaba las risas de los niños que alguna vez jugaron allí, los secretos compartidos en las noches y las memorias de una familia que, pese a todas sus heridas, todavía encontraba momentos para reunirse y sentirse completa.

En aquella casa de Etelbina y su esposo Eugenio, los dolores parecían descansar por un instante. Solo quedaban las tardes eternas, el olor a tierra caliente después de la lluvia y la sensación de que, mientras existieran esos patios, esas hamacas y esos vientos susurrantes, la infancia jamás desaparecería del todo.

Eugenio, aquel hombre que alguna vez caminó con la seguridad de quien creía tener el mundo bajo sus manos, fue viendo cómo la vida le arrebatava poco a poco todo aquello que había construido. El tiempo, silencioso y cruel, terminó desmoronando sus bienes, sus certezas y hasta el orgullo con el que durante años sostuvo su nombre.

La casa grande, aquella donde antes resonaban las voces familiares, las visitas y las tardes interminables, dejó de pertenecerle. Las deudas, los errores y los golpes inesperados del destino lo empujaron lentamente hacia una vida distinta, mucho más pequeña y silenciosa. Terminó viviendo en arriendo, observando con tristeza cómo todo aquello que un día pareció eterno desaparecía entre papeles, pérdidas y recuerdos consumados.

Ya no era el hombre fuerte y desafiante que discutía con Etelbina en medio de gritos, ni aquel que lanzaba palabras duras o soportaba el carácter explosivo de su mujer como parte natural de sus días. La vida le había arrancado incluso la energía para pelear.

Ahora Eugenio permanecía muchas veces en silencio, sentado frente a las noches largas que caían lentamente sobre él. Había algo profundamente triste en su manera de mirar el atardecer, como si cada anochecer le recordara todo lo que perdió: la casa, la abundancia, la fuerza y quizá también parte de sí mismo.

Las noches inesperadas se volvieron su compañía más constante. En ellas escuchaba únicamente el sonido lejano de los carros, el crujir de alguna puerta vieja y el peso de sus propios pensamientos. A veces parecía esperar algo que nunca llegaba; otras, simplemente observaba cómo la oscuridad llenaba el cuarto mientras el pasado regresaba en forma de recuerdos.

Y así quedó Eugenio: un hombre consumido por el tiempo, sentado frente a la vida que alguna vez tuvo, entendiendo demasiado tarde que no hay riqueza capaz de detener la caída inevitable de los años ni la soledad que suele llegar cuando todo lo demás se ha ido. Dandy lo recordaba, cuando iban a visitar a su tía Etelbina, junto a su abuelita y a su madre, para hacerle la visita en una casa de Ibagué arrendada; así mismo veía al señor, quien se preocupaba por ella cuando iba a la tienda; años después dejó de existir; solo quedaba ahora la señora Etelbina quien se fue a vivir a Bogotá, y allá por el abandono de las personas quien ella crio la dejaron morir desnutrida en cama.

Mientras tanto, Diego crecía rodeado de sus primas Giovanna la primera hija de Lizzy (a quien le decía churila desde pequeña) y Dandy. Juntos construían un mundo propio, lleno de juegos, risas y sueños que parecían ajenos a las tragedias familiares. Giovanna y Dandy eran más cercanas, pero con el tiempo y las lejanías, se decidió terminar esa relación, en el comentario que su prima le decía, que el momento de cuando eran pequeñas ya había pasado. Dandy seguía conservando las visitas, los recuerdos, los juegos y para ella, el tiempo, las infantilidades seguían vigentes. Con el tiempo los malos entendidos se

restauraron las primas volvieron a conversar y a dialogar, no tan consecuente; pero manteniendo cercanía entre las familias.

La mayor alegría de Carmen fue ver a su hija nuevamente feliz, esta vez junto a un hombre que parecía ofrecer estabilidad. Por un tiempo, la calma habitó en la familia.

Pero la vida, como siempre, no se detenía.

Lizzy logró rehacer su vida tras años de dolor. En el Quindío encontró una nueva oportunidad, intentando construir un futuro distinto para ella y su hija.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

Gustavo, el hijo perdido, regresó.

—Madre, no quiero reproches —le dijo—. Solo quiero recuperar el tiempo.

Carmen lo miró con asombro. El destino, caprichoso, había decidido reunirlos nuevamente. Entre lágrimas y silencios, comenzaron a reconstruir un vínculo que nunca debió romperse.

La felicidad volvió a tocar la puerta cuando Janeth quedó embarazada. La noticia llenó la casa de ilusión. Todos esperaban a la nueva integrante de la familia.

Aparición de Gustavo, primer hijo de Carmen:

(...) Gustavo fue el hijo que apareció cuando ya el tiempo parecía haber cerrado todas las heridas y enterrado los secretos bajo el polvo de los años. Su historia había nacido entre silencios, ausencias y versiones incompletas.

Durante gran parte de su vida creyó que su madre lo había abandonado, dejándolo a merced de la soledad y del resentimiento que lentamente fue creciendo en su interior como una raíz amarga. También en una parte de la vida se llevó a Lizzy para ayudarlo con sus estudios; pero la tosquedad de aquel hombre, hicieron que José se devolviera por su hija.

Sin embargo, un día, cansado del peso de los rencores, decidió buscarla. No lo movía únicamente la necesidad de respuestas, sino también un deseo profundo de reconstruir aquello que jamás había tenido: una relación de madre e hijo. Cuando finalmente alguien le dijo a su madre que Gustavo había regresado y que deseaba acercarse, el corazón de ella volvió a estremecerse. Sin pensarlo demasiado, partieron en su búsqueda, aferrados a la esperanza de recuperar el tiempo perdido.

Días enteros caminaron preguntando por él. Lo buscaron entre calles polvorientas, en casas humildes, en pueblos donde apenas quedaban rastros de su nombre. Pero cada puerta parecía cerrarse con la misma noticia cruel: Gustavo había muerto. Aquella noticia cayó sobre su madre como una sentencia imposible de soportar. Desde entonces vivió con el corazón destrozado, cargando la culpa, el dolor y el recuerdo de un hijo que creyó perdido para siempre.

Pero el destino, caprichoso y extraño, aún guardaba otro giro inesperado. Tiempo después, Gustavo apareció viviendo junto a Rita, compartiendo la cotidianidad con los hijos de ella, intentando encontrar un lugar entre afectos prestados y vínculos ajenos. Allí, entre conversaciones fragmentadas y verdades ocultas, terminó descubriendo la historia

completa de su vida, comprendiendo que muchas de las versiones que había escuchado estaban llenas de dolor, pero también de confusiones.

Entonces volvió a buscar a su madre y a sus hermanos. Esta vez lo hizo desde Mariquita, aquel cálido municipio tolimense donde decidió rehacer su vida junto a sus hijos. Aunque las heridas del pasado nunca sanaron del todo y las relaciones con algunos sobrinos y hermanos continúan siendo distantes, Gustavo no rompió por completo el hilo que lo une a su origen.

A veces, en tardes silenciosas o en noches cargadas de nostalgia, toma el teléfono y llama únicamente para preguntar por su madre. No hacen falta largas conversaciones; basta escuchar su voz al otro lado de la línea para recordar que, pese a los abandonos, las pérdidas y los años, hay vínculos que jamás terminan de morir.

Gustavo entabló relaciones con sus hermanos y la familia de Rita; reconoció los tíos, los hermanos de Carmen, su sobrina neurodivergente, la segunda hija de la tía Raquel, que sonreía, que no se levantaba en ocasiones de la silla, que trataba de decir palabras y que sonreía todo el tiempo ante la pureza de sus días. Nuevamente abusada, concibió un bebe diferente a los demás. Una hija a la que protegió también Carmen de los sobrinos despiadados de Elena que buscaban visitarla para aprovecharse de su cariño e inocencia. Se sabía que Rita no se la llevaba muy bien en un tiempo atrás con Carmen por los malos comentarios que hacía, solo por ser la esposa del padre de su esposo. O quien sabe que emociones guardaría hacia su hermana.

(...) Aun en medio de sus propias dificultades, Carmen decidió hacerse cargo de Raquel. Más adelante se fue a vivir con José, buscando construir junto a él un hogar más tranquilo; sin embargo, la condición de su hermana generaba constantes tensiones, pues a José no le agradaba que ella le faltara al respeto ni las dificultades que aquella convivencia traía consigo.

Pese a todo, Carmen jamás abandonó a su familia. Cuando Elisa enfermó gravemente, ella continuó visitándola cada día durante más de ocho años. En aquel tiempo de dolor y hospitalizaciones, Carmen hizo una promesa profunda a Dios: permanecer al lado de su madre mientras tuviera vida, cocinarle, bañarla y cuidarla para que no se la llevara todavía. Fue una promesa nacida del amor, del miedo a la pérdida y de la necesidad de aferrarse a su presencia. Carmen estuvo siempre con su madre, hasta cuidó de su hermana; una vez que los hijos de Carmen decidieron que se llevaran a la viejita, porque su madre no estaba para cuidarla; así mismo Chucho en los recuerdos, se llevó a la viejita para donde la familia de ella en Purificación para que la mantuvieran; aun así, recuerdan una persona de edad que se veía como una mujer estilizada y elegante. Las joyas de María que ella cargaba en un pequeño baúl, se las llevaron en la clínica cuando partió al cielo.

Cumplió su palabra hasta el final. Incluso antes de la partida de José, Carmen ya había decidido que seguiría sosteniendo a los suyos aun después de tantas muertes y ausencias. José falleció mientras Domingo, su padre, todavía permanecía con vida. Aunque en algún momento Domingo prometió velarlo en su propia casa, la enfermedad y las circunstancias impidieron que pudiera hacerlo. Por ello, José fue velado finalmente en la casa de Miguel. Ahora ella recuerda esto, junto a sus hijos y su nieta Dandy, entre recuerdos, pérdidas y la permanencia silenciosa de toda una vida dedicada a cuidar de los demás.

Cuando nació Natalia, la primera bebe de Ricardo, la alegría fue absoluta

Lizzy viajó para conocerla. Ricardo no se separaba de su hija ni un instante. Dandy encontraba en ella una nueva compañera de juegos, mientras Giovanna observaba con celos y curiosidad.

Los años trajeron también pequeñas alegrías: perritos como Lucas y Dino, risas infantiles, juegos interminables y una sensación de hogar que, por momentos, lograba imponerse sobre el pasado.

Dandy creció rodeada de amor. Su mundo estaba lleno de muñecas, animales y sueños. Aunque algunos de esos afectos se perdieran con el tiempo, su esencia permanecía intacta.

Carmen, finalmente, logró obtener su pensión gracias a Lisandro. Fue un triunfo que marcó una nueva etapa. Sin embargo, poco después, el abogado murió, consumido por sus excesos. Carmen lo recordó con tristeza, pero también con gratitud; pues logró recuperar ese dinero que José le había dejado a ella, su único amor, con el que convivió alrededor de treinta años. José se fue contento de morir en brazos de su amada, y no de tener alguna enfermedad o ser dado de baja por tantas mentes que querían incriminarlo por sus ideales.

Las navidades volvieron a ser motivo de encuentro. Entre comida, risas y recuerdos, la familia encontraba momentos de paz.

Pero la vida no dejaba de probarlos.

Janeth desapareció un día sin aviso. Ricardo la buscó desesperadamente, solo para descubrir que había regresado con un antiguo amor. El golpe fue devastador.

La crianza de sus hijos recayó sobre él, quien enfrentó la responsabilidad con esfuerzo, aunque la vida le siguiera imponiendo obstáculos.

Años después, Janeth regresó enferma, embarazada nuevamente. La confusión y el dolor invadieron a la familia. Sin embargo, Ricardo decidió hacerse cargo del niño, aceptando su destino con una mezcla de resignación y amor.

El pequeño, al que llamaron Matías, creció con dificultades, pero también con la esperanza de un futuro distinto.

Mientras tanto, Lizzy volvía a enfrentar el desamor. Su nuevo amor la traicionó, dejándola herida. Aun así, ella eligió seguir adelante, ignorando sus intentos de regresar.

Baruj continuaba firme, trabajando sin descanso para sostener a la familia.

Y Dandy... seguía creciendo.

Entre pérdidas, juegos y afectos, su vida avanzaba, acompañada siempre por su fiel perro, que no la abandonaba nunca.

Un amor sencillo, pero inquebrantable.

Porque, al final, en medio de tantas tragedias, la familia de Carmen había aprendido algo:

que incluso en la pérdida...

la vida siempre encuentra la manera de empezar de nuevo.

CAPITULO XI: INGRESO A OTROS MUNDOS

La muerte de la señora Elisa desintegró a la familia. Pablo, Hernando, Alberto y Elena comenzaron a aparecer solo en largos intervalos de tiempo, como sombras que regresan sin aviso. De todos ellos, Pablo fue quien mantuvo mayor cercanía con Carmen.

(...) Cuando Elisa murió, ya había conocido el dolor de despedir a varios de sus hijos, aquellos que nacieron llenos de sueños, pero que partieron siendo aún jóvenes. También había llorado la partida de seres queridos como Isabelina y Chucho, acumulando pérdidas que habrían quebrantado a cualquiera. Sin embargo, nunca permitió que la tristeza definiera su existencia. Aun con las enfermedades que marcaron sus últimos años, siguió siendo una mujer admirable, fuerte y perseverante.

Quizá aquella fortaleza era parte de una herencia más profunda que la sangre. Con el paso de los años, Carmen comenzó a parecerse cada vez más a su madre, no solo en algunos rasgos físicos, sino también en su resistencia ante la adversidad. Parecía haber heredado de Elisa una genética privilegiada, pero sobre todo una voluntad inquebrantable para seguir adelante a pesar de las dificultades.

Carmen recordaba con claridad los años de trabajo que moldearon su carácter. Desde niña conoció las labores del campo: apilar el maíz bajo el sol ardiente, recoger el algodón, ayudar en las tareas del hogar y servir con dedicación a su madre. Su vida estuvo marcada por el esfuerzo constante, por las jornadas interminables y por el sacrificio silencioso que tantas mujeres de su generación asumieron sin esperar reconocimiento.

Hoy, después de tantos años entregados a los demás, el destino parece devolverle una parte de todo lo que sembró.

Tal vez ha llegado el tiempo de que Carmen descanse un poco. No porque haya dejado de ser fuerte, sino porque ya cumplió con creces su misión de cuidar, proteger y sostener a quienes amaba. Después de una vida dedicada al servicio de los demás, merece contemplar con serenidad los frutos de su esfuerzo, rodeada del cariño de aquellos por quienes tanto luchó. En ella permanece viva la fortaleza de Elisa, una herencia que no se mide únicamente en la sangre, sino en la capacidad de amar, resistir y seguir adelante aun cuando la vida parece exigirlo todo.

Lo que pasaba con sus hermanos internamente:

Las discusiones no tardaron en surgir: ¿quién se haría cargo de Raquel, la hermana enferma? Rita insistía en quedársela, no solo por compañía, sino también por la pensión que representaba un sustento, ella convenció a las autoridades de que su hermana era realmente muy discapacitada para que se la pudieran dar. Mientras tanto, los demás hermanos seguían sus caminos, ajenos a las responsabilidades que dejaban atrás. Ella estuvo con ella, y por cuestiones murió, afectaciones internas de su cuerpo no atendidas a tiempo generaron un avance significativo en su salud.

Domingo, profesor en uno de los colegios en Ibagué de formación docente, visitaba a Carmen cuando sus compromisos se lo permitían. Entre galletas y chocolate caliente, revivían recuerdos:

—Mija, Raquel se fue de la casa. Hernando el otro hermano de nosotros también, con todo lo que tenía, incluso su

mujer y su hijo. Y esa mujer... dicen los muchachos que es una hechicera, que por su culpa

murió la madre Lilia.

Carmen suspiró con cansancio.

—¿Y qué pasará con la casa de mamá? Yo no pienso responder por eso, Domingo. Habla con los demás.

Pero Domingo no venía por eso.

—Mis hijas, Heidy y Tatiana, están embarazadas... Y una de ellas tendrá una niña con problemas. No sé si esto sea castigo por todo lo que pasó con mamá.

Domingo sabía que sus hermanos no aprobaban su relación con Argenis, marcada además por los enfrentamientos con Elisa, quien la acusaba de permitir que sus hijas se relacionaran con cualquiera. Entre tensiones y reproches, Elisa llegó incluso a descubrir en más de una ocasión rastros que avivaron aún más el conflicto, alimentando la desconfianza familiar.

Ante ese clima de discordia, Domingo procuraba mantener la calma y, en medio de las diferencias, buscaba acercarse a Carmen, tratando de mediar y conservar algún equilibrio entre los lazos que aún podían sostener a la familia.

La muerte de su padre Domingo apagó el corazón de la familia, dejando un silencio profundo entre los suyos. Años más tarde, la vida de la señora Elisa, alcanzados ya sus cien años, también estuvo marcada por una sucesión de tristezas que fueron apagando lentamente su ánimo. Aunque celebraron su longevidad con una fiesta en su honor, y ella se mostró contenta, en el fondo la invadía una honda nostalgia: era la última de su generación en vida. Sus padres, Claudia Molina, y sus hermanos —Audón, Asunción, María y José— ya habían partido, y solo el eco de sus sobrinos mantenía vivo el recuerdo de su linaje.

La ausencia de Elena, su nieta, a quien amaba como a una hija, dejó en su interior un vacío imposible de colmar. Elena, con su condición especial, había sido durante años la luz de sus días, la compañía que iluminaba las tardes silenciosas y suavizaba las noches largas de la vejez.

En medio de ese destino ya escrito, permanecía el recuerdo de una oportunidad que la vida le había concedido tras un diagnóstico de cáncer terminal, una noche oscura en la que todo parecía perderse entre sombras y memorias. Fue entonces cuando Carmen se negó a firmar el acta de diagnóstico desahuciado de su madre, decisión que también fue respaldada por su hermana Rita. Carmen, entre lágrimas, se arrodilló y pidió a Dios la gracia de cuidar a su madre hasta el final de sus días.

Y así fue. Contra todo pronóstico, Elisa vivió más de diez años más en esta tierra, sostenida por el amor, la fe y la compañía de quienes se negaron a soltarla.

Aquel dolor se hizo aún más profundo cuando comprendió que Rita, aunque la acompañaba a las citas médicas y, se quedaba con gran parte del dinero de su pensión. A veces, la señora Elisa lloraba en silencio porque ya no le alcanzaba ni siquiera para comprarse unos dulces, esos pequeños gustos que alegraban su ancianidad. En medio de la tristeza, repetía con arrepentimiento que habría sido mejor dejarle sus gastos a Carmen, pues sabía que ella jamás le habría negado nada.

Mientras tanto, Domingo entraba y salía de la casa como un extraño sin rumbo fijo. La mujer con la que convivía, a quien Elisa veía como una presencia oscura y dañina, lo maltrataba constantemente, llenando el hogar de discusiones y amargura. Rita, por su parte, gastaba dinero en muebles innecesarios mientras la casa perdía poco a poco la calidez de antes.

Pero lo que más quebró el alma de la señora Elisa fue ver destruido su huerto. Aquel pequeño rincón de matas y flores que había cultivado con amor durante años representaba su refugio, su paz y el último vínculo con la vida sencilla que tanto había amado. Cuando Domingo decidió tumbarlo, algo dentro de ella terminó de marchitarse. Desde entonces, su mirada se volvió más cansada, como si el cielo empezara lentamente a llamarla. Domingo era un hombre fuerte, cultivador, pescador, rezandero y sepulturero; Carmen de niña lo acompañaba a todos los lados, e incluso a pescar; y, en esas travesías piso una culebra babosa, en el que llegaron a pensar que era una piedra, rápidamente se hicieron los despistados y se salvaron de esta terrible y despiadada aventura.

Y fue así como, entre tristezas, desilusiones y silencios, la señora Elisa se fue apagando hasta partir definitivamente, dejando detrás el eco de una mujer que solo deseaba amor, tranquilidad y un poco de dignidad en sus últimos días.

En un mundo paralelo:

Mientras tanto, Giovanna y Dandy crecían como el orgullo de la casa. Dandy se graduó con honores y ambas soñaban con la universidad, con construir una vida distinta, lejos de las tragedias que habían marcado a su familia.

Los hijos de Carmen permanecían a su lado, trabajando y aportando como podían. Solo Ricardo se ausentaba de vez en cuando, impulsado por la nostalgia de una mujer que ya

no estaba, escribiéndole cartas que quizá nunca serían leídas.

Lizzy, por su parte, avanzaba en Armenia, su hija crecía rodeada del amor de sus abuelos paternos, aunque las palabras de la señora Magnolia aún resonaban a veces con inseguridades hacia ella.

Pero el dolor no cesaba.

La muerte del abuelo Edmundo dejó una herida profunda, especialmente en Giovanna, quien lo recordaba en sueños, en fotografías y en silencios interminables. Su madre, influenciada por creencias espiritistas, le enseñaba a dejarlo partir, a confiar en lo divino.

La vida continuó.

CAPITULO XII DESENTERRANDO RECUERDOS

(...) Cuando Baruj enfermó gravemente, fue Pablo quien permaneció verdaderamente atento al sufrimiento de su sobrino y a cada detalle de su recuperación. Los demás hermanos parecían mantenerse distantes, como si el dolor ajeno les resultara demasiado pesado o incómodo de enfrentar. Mientras tanto, una enfermedad terminal avanzaba lentamente, consumiendo el cuerpo de Baruj poco a poco, arrebatándole fuerzas en silencio. Sin embargo, lo más sorprendente era su capacidad para resistir: Baruj era tan fuerte que casi nadie lograba notar la magnitud de su enfermedad. Caminaba, hablaba y enfrentaba la vida con una dignidad que ocultaba el deterioro que llevaba por dentro.

En medio de aquellas tensiones familiares, José Domingo, el hermano del medio de Carmen, terminó enfrentándose con ella debido a rumores y comentarios que comenzaron a circular. Carmen había contado que Hernando le confesó que José Domingo supuestamente se había ganado el Baloto junto a Rita. Aquello desató la furia de José Domingo, quien llegó a la casa de Carmen gritándole y reclamándole con agresividad. Sus hijos salieron inmediatamente en defensa de su madre, reprochándole que solo apareciera cuando existían chismes o conflictos familiares.

Entre murmullos y creencias populares, también surgían historias extrañas alrededor de Argenis, la esposa de José Domingo. Algunos decían que era una mujer dedicada a la brujería, que realizaba trabajos con cabellos y ombligos para mantenerlo sometido y alejar a otras mujeres de su vida. Incluso corrían relatos fantásticos que afirmaban que el cuerpo de ella parecía hecho de metal, pues en alguna ocasión un carro le había pasado por encima y, aun así, había sobrevivido de manera inexplicable. Eran historias alimentadas por visiones que contaban, el misterio de la familia.

Con el paso del tiempo, mientras la vida parecía ir apagando lentamente a Baruj, Elena regresó a visitar a Carmen. Llegó una tarde sencilla, solo para compartir un café y conversar. Pero aquella visita tenía un aire distinto, casi una

despedida silenciosa. Algunos pensaban que Elena también estaba enferma y que, consciente de ello, había decidido recorrer nuevamente los lugares y afectos que marcaron su existencia. En aquel encuentro abrazó profundamente a su sobrino y, con una tristeza serena, ambos se dijeron que pronto volverían a verse. En este encuentro le recordó cuando en ocasiones iban al río a fumar tabaco, a lavar y cuando ella un día salvo a Carmen de morir ahogada en el Magdalena, y que gracias a esa larga caballera en el cual su abuela le hacía las trenzas pudo ella arrastrarla para sacarla del agua.

Otro de los recuerdos que permaneció grabado en su memoria fue una de aquellas jornadas en las que esperaba el regreso de sus padres. El río Magdalena se mostraba inquieto y embravecido, con corrientes que parecían desafiar a cualquiera que se atreviera a cruzarlo. Desde la orilla, observaban con preocupación cómo las aguas agitadas arrastraban ramas y remolinos que hacían más difícil la travesía.

A lo lejos, finalmente divisaron la canoa. Sus padres descendían por el río luchando contra la fuerza de la corriente, mientras la embarcación era arrastrada más de una vez hacia lugares distintos de los que habían previsto. En los costados de la barca llevaban amarrados grandes racimos de plátano, sujetos a los vástagos para evitar que la corriente se los arrebatara. Aquella imagen de esfuerzo y valentía quedó grabada para siempre en sus recuerdos: la pequeña canoa enfrentando la inmensidad del Magdalena, sus padres aferrados a los remos y los frutos de su trabajo viajando con ellos entre las aguas turbulentas.

Eran tiempos en los que cada regreso era una victoria silenciosa, y cada travesía por el río representaba una lección de coraje, sacrificio y amor por la familia.

Hernando su hermano también era motivo de comentarios y rumores familiares. Su relación con Gladys estaba rodeada de historias oscuras; algunos afirmaban que ella practicaba brujería y que incluso había tenido relación con la muerte de la primera esposa de Hernando. Nadie sabía con certeza qué era verdad y qué pertenecía únicamente a las habladurías de la familia.

De Chucho, en cambio, poco se sabía realmente. Solo quedaba claro que había dejado hijos dispersos entre muchas mujeres —más de quince, según contaban—. Algunos crecieron con estudios y oportunidades; otros, en cambio, cargaron vidas mucho más difíciles. Lo más doloroso era que, pese a compartir la misma sangre, muchos de aquellos hermanos apenas se trataban y ni siquiera se hablaban entre sí.

Entre todos ellos estaba Manuel, uno de los hijos que Elisa terminó criando como si fuera propio. La historia decía que una de las mujeres de Chucho, desesperada o incapaz de cuidarlo, había intentado arrojarlo al río Magdalena siendo apenas un niño, para ver también si se lo comía algún animal. Elisa, movida por la compasión y el amor inmenso que siempre tuvo por los suyos, decidió salvarlo y recibirlo en su hogar, entregándole el cariño y la protección que quizás nunca habría encontrado en otro lugar.

Desde entonces, y hasta el presente, Carmen y Alberto han sido quienes realmente conservaron el vínculo familiar más cercano. Entre ambos permanece una relación construida a partir de los años compartidos, del cuidado mutuo y de la memoria de todo lo vivido dentro de aquella familia marcada por las ausencias, las enfermedades y las pérdidas.

José Domingo aún continúa con vida, aunque las diferencias y resentimientos con Carmen nunca desaparecieron del todo. El tiempo logró calmar algunas heridas, pero dejó otras suspendidas en silencios incómodos y distancias inevitables.

Actualmente, gran parte de los conflictos familiares giran alrededor del proceso legal relacionado con la herencia de la antigua casa de Elisa . La situación permanece sin resolverse, especialmente por las dificultades que enfrenta la hija de Pablo, quien ha tenido que asumir trámites complejos y desgastantes. La inexperiencia, sumada a los numerosos fallecimientos y a la extensa descendencia dispersa de los hermanos de Carmen, ha convertido el proceso en un entramado difícil de organizar. El manejo de la situación terminó por desdibujar los límites de lo que correspondía a cada quien. Mientras una de las hijas de Domingo, hijo de Elisa, permanecía en el predio ejerciendo una presencia que no le correspondía, Rita había sido privada de esa misma posibilidad bajo circunstancias semejantes. Aquellas decisiones no hicieron más que profundizar el conflicto, dejando los gastos y el cuidado de los materiales en manos de otros familiares. Así, el proceso impulsado por la hija de Pablo se fue dilatando entre desacuerdos y demoras, extendiéndose por más de ocho años sin alcanzar el desenlace esperado.

Cada documento, cada recuerdo y cada reclamo parecen cargar el peso de generaciones enteras fragmentadas por el tiempo. La vieja casa, más que una propiedad, terminó convirtiéndose en el símbolo de una familia dividida entre afectos inconclusos, pérdidas constantes y la dificultad de mantener unidos los lazos que alguna vez sostuvieron aquel hogar.

CAPÍTULO XIII: REVIVIENDO HISTORIAS

Por otro lado, en esta obra también se cuentan sobre las mascotas de Carmen siempre fueron mucho más que simples animales; eran parte viva de la familia, guardianes silenciosos de los recuerdos y compañeros inseparables de cada etapa de su existencia. Entre Trosca, Espartaco y Cor, la casa permanecía llena de ladridos, pasos inesperados y una extraña sensación de compañía que muchas veces parecía ir más allá de lo terrenal. Especialmente Cor, quien, según Carmen, podía percibir cuando la presencia de José regresaba a la casa. En las noches silenciosas, el perro miraba fijamente hacia rincones vacíos, movía la cola o ladraba suavemente, como si alguien invisible caminara todavía entre aquellas paredes. Siempre había ruidos, puertas que parecían moverse solas y pequeños sucesos sobrenaturales que dejaban a todos pensando en la permanencia de quienes ya habían partido.

También estuvo Sasha, la enorme perrita que Lizzy trajo desde Armenia. Aunque terminó siendo regalada a una finca por su gran tamaño, Carmen jamás olvidó lo limpia y elegante que era. Le sorprendía verla cuidarse como si entendiera cada rincón de la casa y cada gesto humano. Después llegaron otros perros, algunos pasajeros, otros destinados a quedarse en el corazón para siempre.

Entre ellos estaba Dino, la mascota de Dandy, quien acompañó a la familia durante dieciocho largos años. Dino creció junto a ellos, envejeció lentamente y terminó convirtiéndose en un símbolo de fidelidad y memoria. Su partida dejó una huella tan profunda que inspiró a Dandy a crear una nueva obra titulada *Dino y Yo*, dentro de sus misteriosos tomos como escritora, mezclando realidad, nostalgia y elementos sobrenaturales que parecían acompañar siempre a la familia; incluso la compañía entre su Tío Baruj y su acompañante Dino, jugando fútbol entre la sala, y ahora persiguiendo obras celestiales en otro espacio. Él siempre la acompaña desde otros planos, e incluso recuerdan

grandemente las cacerías de los animales en caza, cuando se asoman aquellos bichos que su mascota solía atrapar y destrozar en segundos.

Pero si hubo animales verdaderamente especiales para Carmen, esos fueron sus loros. Durante años convivió con ellos como si fueran hijos pequeños llenos de travesuras. Ahora conserva a Juana, su lora consentida, porque el loro macho terminó volviéndose demasiado agresivo. Juana, en cambio, permanece dócil y cercana, haciendo pequeñas reverencias cada vez que Carmen le habla, como si comprendiera el cariño con el que ha sido criada.

A la casa también llegaron Simba, el gato inquieto; Pumba, compañero silencioso de Jenny a quien acogió con amor como su segundo hijo; y Chispitas, la gatica que un día simplemente terminó su camino y partió, dejando ese vacío que solo entienden quienes han amado profundamente a un animal. Del mismo modo quedó en la memoria Lolito, el pequeño pájaro amado por Jenny, cuya partida fue una de las más dolorosas. Y más atrás, casi perdido entre los años, permanece el recuerdo del “pajarito niño” de la abuelita, una memoria antigua que todavía sobrevive en las conversaciones familiares.

Muchas mascotas han pasado por la vida de Carmen. Algunas pertenecieron a sus hijos, otras a sus sobrinos, y varias quedaron apenas como sombras dulces en la memoria. Sin embargo, todas representan algo de ella: su infancia humilde, su juventud llena de sueños, su adolescencia inquieta y esta etapa actual en la que sigue rodeándose de animales para combatir la soledad y abrazar los recuerdos.

Y mientras el tiempo avanza, Carmen comienza a transformarse poco a poco en el reflejo físico de su amada madre Elisa. En sus gestos, en la forma de caminar, en la mirada cansada pero llena de ternura, parece revivir la presencia de aquella mujer que marcó para siempre la historia de su vida. La familia de Carmen la visitaban de seguido, por lo que si hija estuvo cerca de su madre en la limpieza, en el almuerzo y en los cuidados cuando estaba enferma en el que

quedaba a cuidarse; además Rita en ocasiones la llevaba al médico; Elisa fue muy especial con Carmen en su vejez, incluso fue la madrina de agua de sus nietos, realizaba bautizos y de sus hijos Domingo su esposo fue el partero.

Giovanna encontró el amor en Camilo, un joven paisa que la llevó a Bogotá, donde ambos comenzarían una nueva vida. Allí, entre trabajo y sueños compartidos, también enfrentaron la pérdida de Lucas, el perro que había sido parte de su infancia.

Dandy, por su parte, siguió un camino brillante de escritora y su vocación la llevó a proyectarse hacia estudios de posgrado. En el amor, encontró a Francisco, un amor perdurable con el tiempo.

Actualmente llevan 16 años de amor entre novios, risas y felicidad; cerca del amor de sus otras mascotas, pero más cerca de Tito el perrito que siempre ha perseguido el amor de su dueño; al que Carmen le recuerda mucho a Dino.

Con el tiempo, las primas comenzaron a distanciarse. Ya no eran las niñas inseparables de antes. Sus vidas tomaban rumbos distintos, aunque los recuerdos seguían uniéndolas en silencio.

La familia de Carmen se mantenía, de alguna forma, en pie.

Rita visitaba de vez en cuando. Gustavo aparecía con sus hijos, intentando sanar sus propias heridas. Esther, tras múltiples caídas, intentaba reconstruirse una vez más, entre negocios fallidos y nuevas decisiones.

Pero las dificultades persistían.

Diana luchaba para sostener a sus hijos. Decisiones dolorosas la obligaron a separarse de ellos, mientras nuevos embarazos complicaban aún más su realidad. Tenía ahora 4 hijos, de los cuales dos tenían autismo. Sus hijos Joel, Tamara, Daniela, David, son el fruto de su felicidad. Ahora David es muy cercano a la Familia de Carmen puesto que se forma siempre en brazos de Esther; así como ella fue criada con amor por Josè y amada tanto, como el amo a Mónica que la obligó a partir de nuevo con su madre Carmen. Para Dandy David tiene un

potencial secreto dentro del Autismo que hace que a veces aunque no demuestre el potencial social, se destaque en otras áreas significativas a descubrir.

Dandy, entre libros y cuadernos, recopilaba cada historia que su abuela le contaba. Historias de dolor, de errores, de amor y de lucha. También celebraba con ella y su familia cada triunfo que tenía, sus becas, premios, exaltaciones en la universidad, en el trabajo y en sus obras literarias.

De un momento a otro Carmen decía: —Mija —decía Carmen—, algunos de tus tíos fueron rebeldes. Hicieron sufrir mucho a

José... pero así es la vida, siempre da oportunidades para reconstruir.

Ella se refería que incluso en la adolescencia, los hijos que se van, y los que se quedan a veces suelen tomar tumbos distintos

Las anécdotas fluían entre risas y lágrimas. Recuerdos de peleas, de tamales lanzados por los aires, de noches de angustia y momentos absurdamente cómicos.

—¿Eso es todo, abuelita?

—No, hija... las historias nunca se acaban.

Porque en esa casa, marcada por el sufrimiento, también habitaba algo más fuerte: la memoria, la resistencia... y la esperanza.

y las transformó en un libro. En cada página intentaba conservar aquello que el tiempo no debía borrar: los recuerdos, las voces, los dolores y las alegrías de su familia.

Mientras las palabras tomaban forma, Lizzy reconstruía su felicidad ahora en EEUU.

Estaba decidida a dejarlo todo: Su vida.

Su hija no se oponía. Al contrario, deseaba verla feliz.

Antes de partir, Lizzy viajó a la capital para presentar sus nuevos proyectos a su familia.

Carmen, aunque cansada de las decepciones amorosas, observaba con cautela. No quería ilusionarse, pero tampoco apagar la esperanza.

—Ojalá esta vez sea diferente —pensaba.

La visita estuvo llena de sonrisas, chocolate caliente y conversaciones tranquilas. Incluso

Jenny fue advertida de no hacer sus habituales bromas incómodas. Por un momento, todo pareció en calma.

En mayo celebraron el cumpleaños de Lizzy. La familia se reunió como en los viejos tiempos: risas, globos, música y recuerdos. Ricardo llegó con su hija, Baruj intentó incluir a su novia, Diego comenzaba a insinuar su propia historia amorosa.

Carmen, ya cansada por los años, observaba en silencio. Su cuerpo empezaba a resentirse, pero el amor de sus hijos seguía siendo su mayor sostén.

Antes de viajar, Lizzy acompañó a Ricardo a la cremación de Lucas. La pérdida del perro dejó una huella profunda, especialmente en Giovanna, quien ya cargaba con ausencias anteriores. Sin embargo, su dolor también la había hecho fuerte.

El tiempo siguió su curso.

Las primas comenzaron a distanciarse. Ya no compartían tanto como antes. Los novios, los trabajos y las nuevas responsabilidades fueron ocupando sus espacios. Aun así, algo invisible seguía uniéndolas.

Cada quien tomó su camino.

Lizzy partió a Miami. Los hijos de Carmen continuaron trabajando. Rita, aún resentida, discutía con Carmen por decisiones pasadas. Jenny enfrentaba problemas de salud, mientras Carmen lidiaba con los propios; sus dolores de cabeza aun persistentes que poco a poco fueron siendo controlados.

Pero también había crecimiento.

Dandy comenzó a trabajar, a aportar en casa, a viajar, a construir su propia vida. Logró proyectarse profesionalmente. Era el reflejo de una nueva generación que, a pesar de las dificultades, avanzaba. Carmen estaba contenta ahora, de disfrutar y recordar los paseos que hacía con José, las salidas en auto, los pequeños viajes, los gustos, que su nieta le volvía a generar.

La casa volvió a llenarse de vida con nuevos compañeros: una gatica llamada Chispitas, dos loros, y el fiel Dino, quien envejecía rodeado de amor.

Dandy lo cuidaba como a un hijo.

Los años pasaban entre películas, reuniones familiares y pequeños momentos de felicidad. Diego terminó sus estudios y buscaba su lugar en el mundo. La familia, aunque dispersa, encontraba formas de reunirse.

Las navidades seguían siendo sagradas.

En esas fechas, los recuerdos de quienes ya no estaban se hacían presentes: José, Chucho, Isabelina...aquella sufrió mucho y se fue de infarto al saber que su esposo se fue con una mujer de bar

llamada Gladys en el que se veía a escondidas con su esposo Ezequiel, aquella misma mujer de bar, que tuvo encuentros íntimos con Chucho y con Antonio uno de los hijos de Rita; Hernando vivió sus últimos años con ella, tuvieron cuatro hijos que en ocasiones... Aquellos nombres que aún vivían en las historias contadas entre risas y lágrimas.

(...) En El Espinal, la descendencia de Isabelina era numerosa y extensa, como las ramas de un árbol que se expanden buscando el sol. Entre aquellas familias nacieron también historias de amor que unieron aún más los lazos de sangre y de afecto. Algunos de los hijos de Elena, Carmen, Julio y otros como Ramón y Alfonso, encontraron el amor en María y Dufay, hijas de Isabelina, hermandas de Aracely y otro hermano. Así, entre caminos polvorientos, cosechas y tardes de campo, florecieron sentimientos que terminaron por unir dos ramas de una misma familia.

Elena fue madre de varios hijos. Entre ellos estaba Carmen, quien recibió su nombre en honor a su hermana, una mujer querida y recordada por todos. Junto a Carmen crecieron Luz Elena y Julio, quienes desde pequeños encontraron en su tía Carmen una figura cercana, protectora y llena de cariño. Con ella compartieron momentos, consejos y afectos que fortalecieron los vínculos familiares.

No todos los sobrinos mantuvieron la misma cercanía. Los hijos de Pablo, por ejemplo, siguieron caminos más distantes. También estaban los numerosos hijos de Chucho, quien fue conocido por su espíritu mujeriego y por las relaciones que sostuvo con mujeres como Rebeca, Rosario y otras más. Entre todos ellos, Luisa hija de Rebeca y Yiseli hija de Graciela, que conservaron una relación más cercana con los hijos de Carmen, manteniendo vivos algunos lazos familiares a pesar del paso de los años.

Por otra parte, estaban los hijos de Domingo. Su historia estuvo marcada por circunstancias difíciles relacionadas con su madre, Argenis. Los conflictos familiares, las disputas y los resentimientos terminaron por alejarlos de muchos de

sus parientes. En medio de los problemas surgidos alrededor de la herencia de Elisa, algunas de sus acciones dejaron profundas heridas y divisiones dentro de la familia.

Alberto, por su parte, tuvo hijas que, aunque de manera esporádica y distante, aún intercambiaban saludos con su tía Carmen. Esto ocurría principalmente gracias a las visitas de Alberto y de Norfy, quienes procuraban mantener algún contacto familiar. Sin embargo, poco se sabía de otros hijos que Alberto tuvo con otra mujer, pues el tiempo y la distancia los habían convertido en nombres casi olvidados dentro de la historia familiar.

Hernando también enfrentó momentos difíciles. Tras la pérdida de su esposa, quien falleció a causa de una enfermedad, tuvo que reconstruir su vida en medio del dolor. Con el tiempo encontró nuevamente compañía en Gladys, con quien formó un nuevo hogar, demostrando que incluso después de las mayores tristezas la vida puede ofrecer una nueva oportunidad para continuar. Con ella tuvo varios hijos, entre las cuales, y sin pensar, cuando él estaba en sus últimos días en el hospital, la acercó en redes, entre la nieta Victoria con la nieta Dandy de Carmen, se hizo cercana, para establecer conexión; ya que Hernando tuvo dos familias, de las cuales, la familia de Gladys y las hijas no quisieron establecer conexión del lugar y muerte de su padre, por muchas diferencias presentadas entre los hermanos y las negaciones que tenían con Gladys pese a los enfrentamientos que la Señora tuvo con la familia de Carmen.

Rita, con el tiempo, dejó el orgullo. Junto a sus hermanos, decidió resolver los asuntos pendientes de la casa familiar. Pablo la compró y repartió lo correspondiente, evitando más conflictos. Desde pequeños a Carmen casi no la comprendían quizás por envidias o celos de haber conquistado el corazón de un hombre letrado, con comodidades y muy estudiado en el que ocupaba puestos altos y ayudaba a su hijo Miguel a ubicarlo en múltiples trabajos, ya que su trabajo irresponsable no lo dejaban mantenerse en un solo

lugar por estar de joven en andanzas y parsimonias.

La paz, por fin, comenzaba a abrirse paso.

Carmen nunca dejó de recordar a José. En cada reunión, en cada anécdota, su presencia volvía a la vida. Porque hay personas que no mueren: se transforman en memoria.

Y la memoria habita en cada gesto, en cada palabra, en cada silencio.

A pesar del pasado, Carmen seguía visitando a Miguel. El hombre que tanto daño le causó ahora apenas podía comunicarse. Ella lo abrazaba, le hablaba con ternura y se despedía con un beso en la frente.

El perdón, silencioso, también es una forma de sanar.

No como un final, sino como una transformación.

Porque la familia Páez no es solo una historia de dolor, sino también de resistencia. De mujeres fuertes, de hombres que aprendieron tarde, de niños que crecieron entre sombras y decidieron buscar la luz.

Carmen sigue siendo el corazón de todo.

Y Dandy, con sus palabras, se convierte en la guardiana de esa memoria.

—Mamá Carmen —dice en silencio—, quiero seguir escuchando tus historias... esas que mezclan tristeza y risa, esas que nos enseñan quiénes somos.

Porque recordar no es quedarse en el pasado.

Es darle vida a quienes ya no están.

Es entender que cada historia, por más dura que sea, merece ser contada.

Y que, al final, lo único que permanece...

es el amor que logramos construir en medio del caos.

Con el paso de los años, la vida siguió su curso inevitable, llevándose consigo nombres, recuerdos y presencias que alguna vez fueron el sostén de la familia.

Pronto llegó la muerte de Miguel, vencido por la trombosis que durante tanto tiempo lo mantuvo entre la fragilidad y el silencio. Su partida no fue solo un adiós, sino el cierre de una etapa marcada por conflictos, heridas y, al final, una forma silenciosa de reconciliación.

Los años transcurrieron, y uno a uno, otros miembros de la familia fueron dejando este mundo. Pablo, Hernando, Raquel y también Rita partieron, como hojas que el tiempo desprende sin pedir permiso. La familia, antes numerosa y ruidosa, comenzó a quedarse en ecos, en ausencias que se sentían en cada rincón de la casa.

Carmen, testigo incansable de todas esas despedidas, quedó sostenida apenas por los lazos que aún resistían. Domingo, distante y ajeno, parecía no reconocer del todo los afectos, ocupado ahora en disputas materiales como la casa de su madre Elisa. Alberto, por su parte, aparecía de vez en cuando, como una visita breve que no alcanzaba a llenar los vacíos.

Pero no todo era soledad.

A pesar del dolor inmenso que significó perder a su hijo Baruj, Carmen encontró un refugio más cercano en su familia. Actual vive con Jenny, Ricardo y Dandy quienes son un apoyo constante en sus enfermedades y en la batalla para salir adelante.

Esther aun cerca, pero el tiempo y la vida no siempre le permitía estar cuando más se necesitaba. Y Lizzy, desde Estados Unidos, también cargaba sus propias batallas.

El tiempo también se llevó a Dino, el fiel compañero de tantas etapas. Sin embargo, su ausencia no fue definitiva. Para Dandy, su perrito trascendió lo terrenal: en sueños, en recuerdos y en una conexión profunda que ella transformó en palabras. Se convirtió en escritora, dejando en varios tomos la historia de ese amor incondicional que, según ella, aún la acompaña desde un plano invisible, casi angelical.

Mientras tanto, Carmen continuaba su lucha.

Un accidente cerebrovascular, la fibrilación auricular, anemias en secuelas y otras

enfermedades intentaron doblegarla. Su cuerpo, cansado, perdió equilibrio; sus fuerzas, por momentos, parecían desvanecerse. Pero su memoria —aunque más pausada— seguía intacta, aferrada a cada historia, a cada detalle que se negaba a olvidar. Un mal diagnóstico médico, olvidaron revisar exámenes internos de corazón para anticoagular y ocasiono consecuencias severas.

Entre hospitales, tratamientos y diagnósticos, Carmen se mantuvo en pie. Guerrero. Sostenida no solo por la medicina, sino por una fe profunda: en Dios, en su esposo que la

espera en otro plano, en su hijo Baruj, en sus hermanos y en todos aquellos que, de una u otra forma, siguen acompañándola.

Y la vida, generosa en pequeños detalles, volvió a llenarle el corazón.

Nuevas presencias llegaron a su hogar: Arenita, Juana, Simba y Pumba. Pequeños seres que, con su compañía silenciosa y su amor incondicional, le recordaron que la vida siempre encuentra la manera de renacer, incluso en medio de las pérdidas; ahora como guardianes y custodios.

Hoy, Carmen no es solo una mujer que ha sobrevivido.

Es la memoria viva de una familia.

Es la raíz que resiste.

Es la historia que se niega a desaparecer.

Y mientras Dandy escribe, mientras recuerda, mientras revive cada palabra...

queda claro que algunas vidas no terminan,
simplemente se transforman en eternidad dentro de quienes las aman.

CAPÍTULO XIV: LA HERENCIA DEL AMOR

Carmen atravesó la vida como quien camina descalza sobre caminos de espinas, cargando dolores que parecían imposibles de soportar para un solo corazón. Su cuerpo fue escenario de luchas interminables y su alma aprendió a resistir incluso cuando todo parecía derrumbarse a su alrededor.

Estuvo en hospitales enfrentando el sufrimiento silencioso de aquel bebé muerto que marcó para siempre su memoria y su mente, como una herida abierta en lo más profundo de su ser. La anemia debilitó sus fuerzas muchas veces, apagando lentamente su cuerpo, mientras las operaciones de estómago dejaron cicatrices visibles y otras invisibles que jamás terminaron de sanar. En el año 2015 también tuvo una cirugía con malla en su vientre por decaimiento de la vejiga, lo que la hizo tener mas fortaleza, y una infección urinaria devastada y sangrienta en su adultez mayor que casi acaba con su vitalidad.

Hubo momentos en que Carmen sintió que la vida misma la había enterrado antes de tiempo, como si el dolor quisiera cubrirla completamente bajo el peso de las pérdidas y las tragedias familiares. También conoció el desgarrador vacío de perder a uno de sus hijos, una ausencia que nunca dejó de dolerle y que aprendió a cargar en silencio, entre noches largas y recuerdos imposibles de borrar.

Pero aun en medio de tanto sufrimiento, Carmen nunca terminó de caer.

Algo más fuerte que la tristeza siempre la levantó nuevamente. Ella misma decía que era Dios quien la sostenía cuando las fuerzas humanas ya no alcanzaban. Porque en cada enfermedad de la que salió viva, en cada cirugía superada, en cada madrugada donde volvió a abrir los ojos después de pensar que no resistiría más, Carmen encontraba una señal de que aún debía permanecer en este mundo.

Dios, según ella, había hecho milagros en su vida.

Y quizá tenía razón, porque después de tantas pérdidas continúa en pie, sostenida ahora por las manos de sus hijos, quienes se han convertido en su refugio, en la razón de sus días y en la fuerza que acompaña su vejez. Son ellos quienes la levantan cuando el cuerpo se cansa y quienes escuchan las historias que todavía guarda en el alma.

Hoy Carmen avanza lentamente, tomada de la mano de Dios y de la memoria. Camina como una mujer que ha sobrevivido a todo: al abandono, al dolor, a la muerte, a las traiciones y al silencio. Y aunque muchos capítulos de su vida ya parecen parte de una vieja leyenda familiar, todavía quedan historias por contar, secretos por revelar y recuerdos que sobreviven dentro de ella, esperando el momento de volver a la luz

(...)Las mascotas de Carmen siempre fueron mucho más que simples animales; eran parte viva de la familia, guardianes silenciosos de los recuerdos y compañeros inseparables de cada etapa de su existencia. Entre Trosca, Espartaco y Cor, la casa permanecía llena de ladridos, pasos inesperados y una extraña sensación de compañía que muchas veces parecía ir más allá de lo terrenal. Especialmente Cor, quien, según Carmen, podía percibir cuando la presencia de José regresaba a la casa. En las noches silenciosas, el perro miraba fijamente hacia rincones vacíos, movía la cola o ladraba suavemente, como si alguien invisible caminara todavía entre aquellas paredes. Siempre había ruidos, puertas que parecían moverse solas y pequeños sucesos sobrenaturales que dejaban a todos pensando en la permanencia de quienes ya habían partido.

Entre ellos estaba Dino, la mascota de Dandy, quien acompañó a la familia durante dieciocho largos años. Dino creció junto a ellos, envejeció lentamente y terminó convirtiéndose en un símbolo de fidelidad y memoria. Su partida dejó una huella tan profunda que inspiró a Dandy a crear una nueva obra titulada *Dino y Yo*, dentro de sus misteriosos tomos como escritora, mezclando realidad, nostalgia y elementos sobrenaturales que parecían acompañar siempre a la familia.

Pero si hubo animales verdaderamente especiales para Carmen, esos fueron sus loros. Durante años convivió con ellos como si fueran hijos pequeños llenos de travesuras. Ahora conserva a Juana, su lora consentida, porque el loro macho Juan terminó volviéndose demasiado agresivo. Juana, en cambio, permanece dócil y cercana, haciendo pequeñas reverencias cada vez que Carmen le habla, como si comprendiera el cariño con el que ha sido criada.

(...) Finalmente, el tiempo fue acomodando cada fragmento de aquella familia que durante años conoció las dificultades, las ausencias y las heridas silenciosas. Ahora existen hogares consolidados, hijos y sobrinos que construyeron sus propias vidas, y los últimos descendientes de la generación de Elisa continúan escribiendo nuevas historias lejos de la pobreza que alguna vez marcó sus días.

Carmen sigue batallándole a la vida con la misma fortaleza que la acompañó desde niña, pero ahora lo hace rodeada del amor de unos hijos extraordinarios. Sus nietos, algunos extraviados en caminos no siempre acertados, han logrado con el tiempo encontrar un cierto equilibrio entre la paz y la prosperidad. Otros, en cambio, han seguido rutas más estables y exitosas, marcadas por la disciplina y el sentido de la responsabilidad, sosteniendo con esfuerzo propio el rumbo de sus vidas. El rencor quedó atrás; el perdón y el afecto terminaron ocupando el lugar de los antiguos conflictos. Hoy, de una u otra manera, todos han encontrado su felicidad.

Incluso Ramón, el hijo de Elena, conserva vivo el recuerdo de ella y vuelve de vez en cuando buscando en Carmen una parte de sus raíces. Gustavo también aparece algunas veces, como quien no quiere perder del todo el vínculo con el pasado y con las personas que marcaron su historia.

Pero si algo motiva profundamente a Dandy al escribir estas líneas, es la inmensa admiración que siente por su abuelita Carmen y de los recuerdos con su bisabuela cuando reían de historias que ella también le contaba y de las

historias graciosas que Jenny le decía cuando la hacía reír. Desde pequeña escuchó de sus labios relatos interminables sobre la infancia, los sacrificios, los dolores y las alegrías de otros tiempos. Carmen le contaba cómo era su vida de niña, las jornadas difíciles, la humildad con la que creció y, aun así, la felicidad inmensa que encontraba en cosas simples, como los días junto al río Magdalena, donde el agua parecía llevarse todas las tristezas. Dandy imaginaba aquella larga cabellera negra moviéndose con el viento, la juventud de Carmen iluminada por la esperanza y la fuerza de una mujer que jamás permitió que la vida la derrotara.

(...) Si Dandy pudiera contemplar ahora los dones que el cielo sembró en su espíritu y el talento que floreció en sus manos como escritora, seguramente continuaría escribiendo las páginas de un libro que jamás termina. Un libro que no habla únicamente de la tierra, sino también de los misterios que habitan más allá de ella.

Con su pluma recorrería los senderos invisibles de los planos celestiales, imaginando los encuentros con su abuelo, las conversaciones pendientes con su tío, los abrazos que el tiempo le negó con su padre y la compañía fiel de aquella mascota querida que alguna vez llenó de alegría sus días. En cada página intentaría descifrar el espacio sagrado que existe entre un mundo y otro, entre los recuerdos y la eternidad.

Porque en lo más profundo de su corazón sabe que el amor verdadero no desaparece con la muerte. Sabe que hay presencias que continúan acompañando silenciosamente a quienes permanecen en la tierra. Por eso, al mirar la historia de Carmen, imagina también a José velando por ella desde la eternidad, como quien nunca abandonó su lugar junto a la mujer que amó.

Quizá nadie pueda conocer con certeza los secretos de los cielos, pero la memoria, la fe y el amor permiten que los ausentes continúen viviendo en cada recuerdo. Y mientras exista alguien dispuesto a contar sus historias, aquellos seres queridos seguirán caminando entre las páginas de los libros y los rincones del alma.

Tal vez esa sea la verdadera misión de Dandy: escribir aquello que los ojos no pueden ver, pero que el corazón reconoce; convertir los recuerdos en eternidad y tender, a través de las palabras, un puente entre la tierra y el cielo, donde los amores más profundos nunca terminan, sino que simplemente continúan de una forma distinta.

Después de tantos años, Carmen continúa en pie. Rodeada de recuerdos, de fotografías envejecidas, de mascotas que han llegado y partido como pepa, Roberto, Lulu, lluvia, pitufina, Arandù un pato que le regaló Etelbina, una tortuga de purificación, Toby el perrito que tenía Esther (incluso tuvo dos llamados así) muchos pajaritos, También de gallos que la seguían en las calles y perritos de la calle que sentían su vibra y de esas extrañas presencias de seres queridos ausentes que parecen seguir acompañando silenciosamente la casa. Cada rincón guarda una historia, cada animal dejó una huella y cada pérdida terminó convirtiéndose en memoria.

(...) La casa de Carmen y José siempre estuvo llena de vida. Entre sus recuerdos también habitan los conejos, diversos animales y otros, como un gato que tuvieron llamado Pacho que se robaba y le bajaba los tamales para que entre él y Espartaco su perro se los comieran; estos los cocinaba Carmen, entre ellos, había un gallo, que, con puntualidad admirable, llegaba cada mañana hasta la ventana para despertarlos con su canto melodioso. Compartieron también la compañía de un perrito, hijo de Cor, cuya vida terminó tras un desafortunado accidente, y guardan en el corazón la memoria de Espartaco, el fiel compañero que corría junto a los hijos de Carmen en sus interminables juegos infantiles.

Aquellos años estuvieron marcados por las carreras de los niños por las calles del Jordán. Jenny, siempre líder entre el grupo, organizaba competencias con los vecinos, mientras las escondidas se convertían en verdaderas aventuras para Lyzzy y Ricardo, quienes a veces terminaban perdiéndose entre las iglesias del barrio. Estaban también los dulces, el señor que los vendía y las incontables travesuras que hoy sobreviven convertidas en recuerdos entrañables.

Carmen y José se distinguieron siempre por su bondad. Durante los años que vivieron en el Jordán, Carmen acostumbraba vestir y alimentar a los niños más necesitados de la zona. Los invitaba a su hogar para ver televisión, compartir la cena e incluso bañarse junto a sus propios hijos, como si todos formaran parte de una misma familia.

Los apodos tampoco pasaban desapercibidos. José llamaba cariñosamente a Carmen "Cachirí" o "La Ratona", nombres que encerraban la complicidad de toda una vida compartida. Con el paso de los años, Jenny le daría un nuevo sobrenombre: "Ayoto", una expresión que terminó acompañándola en su vejez y que hoy forma parte de la memoria familiar.

A lo largo de los años también tuvieron arrendatarios en distintos barrios y empleadas domésticas a quienes Carmen atendía con la misma generosidad y respeto que brindaba a todos los que llegaban a su hogar.

Entre los recuerdos más valiosos permanecen las fiestas de los pensionados, donde Carmen y José disfrutaron juntos de innumerables momentos de alegría. Fue tan profundo el amor que los unió que, tras la partida de José, Carmen sentía su presencia en los pequeños detalles de la vida cotidiana. Lo veía reflejado en el resplandor de la cabeza de Jenny cuando acomodaba las cobijas de Cor, el perrito de la familia, y sonreía al escuchar sus ladridos, como si el animal percibiera una presencia invisible. José solía decir que su hija Jenny se parecía mucho a su madre Griselda, una semejanza que con el tiempo se convirtió en otro de esos lazos invisibles que unen a las generaciones de esta historia.

Y quizá el regalo más grande de todos sea ese: tener una nieta que aún escucha, escribe y mantiene vivos los recuerdos. Porque mientras Dandy continúe relatando la vida de Carmen, ninguna de aquellas historias desaparecerá realmente con el tiempo, quedaran por siempre como Recuerdos Imborrables.

(...) Lo único que puede afirmarse con certeza es que Carmen representa un verdadero testimonio de fortaleza y perseverancia. A sus 86 años la mayor que queda con dos hermanos menores de muchos que habían; después de

haber sufrido un accidente cerebrovascular que cambió el rumbo de su vida, continúa caminando por este mundo con una dignidad admirable. Aunque las secuelas le dejaron dificultades en el equilibrio y obligaron a su cuerpo a adaptarse a una nueva realidad, conserva algo que vale más que cualquier limitación física: la capacidad de recordar, de hablar, de sonreír y de contar las historias que forman el legado de toda una familia.

Cada recuerdo que comparte es una victoria sobre el tiempo. Cada anécdota que revive es una prueba de que su memoria sigue iluminando los caminos del pasado. Sentada entre hijos, nietos y seres queridos, Carmen vuelve a recorrer con sus palabras los campos de su infancia, los sacrificios de su juventud, los amores, las pérdidas y las luchas que marcaron su existencia. Y cada vez que lo hace, parece desafiar los pronósticos y recordarles a todos que aún permanece en pie.

No ha sido un camino fácil. A lo largo de los años ha enfrentado la prediabetes, la hipertensión, la fibrilación auricular, episodios de neumonía y las secuelas dejadas por el accidente cerebrovascular. Incluso convive con un carcinoma que, por la gracia de Dios, no ha mostrado avance ni comportamiento progresivo. Son cargas que, para muchas personas, habrían significado la rendición; pero Carmen ha continuado adelante con la misma fuerza que heredó de las mujeres que la precedieron.

Por eso, quienes la conocen no pueden evitar ver en ella una bendición. Más allá de los diagnósticos médicos que indicaban que no se podía y de las limitaciones propias de la edad, permanece viva una voluntad extraordinaria de seguir luchando. Su vida parece sostenida por una fe profunda y por un propósito que aún no ha terminado de cumplirse.

Es un milagro. Tal vez sea la recompensa de una existencia entregada al trabajo, al sacrificio y al amor por los demás. O quizá sea simplemente la mano de Dios sosteniéndola día tras día, permitiéndole contemplar los frutos de todo lo

que sembró. Lo cierto es que Carmen sigue aquí, contando historias, regalando sonrisas y demostrando que la fortaleza del espíritu puede ser más poderosa que cualquier enfermedad.

Y mientras conserve la capacidad de recordar y compartir su historia, seguirá siendo la voz viva de una generación que se niega a desaparecer, una mujer que ha convertido la supervivencia en un acto de fe y la memoria en su más grande legado.

Èste relato seguirá tejiendo màs historias mientras los recuerdos de Carmen se mantengan imborrables.



Carmen Actual vigente en sus 88 años (2026).



José Agustín Páez Godoy

María del Carmen Díaz Molina

1960.

RECUERDOS IMBORRABLES

esta es una obra literaria de Jenny Alejandra Pèrez Pàez que integra elementos de la memoria viva de la vida de Carmen, en el que se reconstruyen las voces de mujeres independientes que luchan diario por subsistir.



resiliencia

Cada página recoge fragmentos de historias reales donde conviven el dolor, la esperanza, los secretos familiares y las creencias populares que acompañaron la vida cotidiana de quienes aprendieron a luchar incluso en medio de la adversidad.



amor



sacrificio

Más que contar una historia individual, esta obra busca rendir homenaje a todas aquellas mujeres invisibles que sostuvieron



hogares completos desde el silencio, convirtiendo el cuidado de los demás en el sentido de sus vidas.



fuerza

Información sobre la autora:
Jenny Alejandra Pèrez Pàez
Normalista Superior, Licenciada
en Lengua Castellana, Magister en
Pedagogía y Mediaciones Tecnológicas,
Escritora de Obras en Fuentetaja,
En la Biblioteca Nacional de Colombia.



fe

